

**¡Atención Poli,
con la vista en el**

Riesgo!

Cuentos para seguritos Vol. 2

Editoras académicas

Mónica María Quiroz Rubiano

Martha Cifuentes Izquierdo

Derly Zamora Romero

**Institución Universitaria
Politécnico Gran Colombiano**

Calle 61 N° 7 - 69
Tel: 7455555, ext. 1516
Bogotá, Colombia

**¡Atención Poli, con la vista en el riesgo!
Cuentos para seguritos. Vol. 2**

© 2025. Todos los derechos reservados.
Primera edición, enero de 2025

eISBN: 978-628-7662-48-3

Editoras académicas

Mónica María Quiroz Rubiano
Martha Cifuentes Izquierdo
Derly Zamora Romero

Equipo editorial

Director editorial

Eduardo Norman Acevedo

Analista de producción editorial

Guillermo A. González T.

Correctora de estilo

Ana Milena Cortés Moncada

Diseñador y diagramador

Nelson Eugenio Rocha Sánchez

¿Cómo citar este libro?

Quiroz-Rubiano, M., Cifuentes-Izquierdo, M., & Zamora Romero, D. (Eds.). (2025). *¡Atención Poli, con la vista en el riesgo! Cuentos para seguritos Vol. 2*. P. 110. Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con:
Atribución – No comercial – Compartir igual.



¡Atención Poli, con la vista en el riesgo! :
cuentos para seguritos ; volumen II / Mónica
María Quiroz Rubiano ; Martha Janeth
Cifuentes Izquierdo ; Derly Zamora Romero,
editoras. – Bogotá D.C.: Editorial Politécnico
Gran Colombiano., 2025.

110 p. : il. Col ; 16x23 cm..

eISBN 978-628-7662-48-3

Riesgos Laborales -- Storytelling. 2.
Riesgos en casa -- Cuentos. 3. Prevención
-- Cuentos. 4. Cuentos cortos -- Ejercicio
académico. I. Mónica María Quiroz
Romero. II. Martha Janeth Cifuentes
Izquierdo. III. Derly Zamora Romero.
IV. Institución Universitaria Politécnico
Gran Colombiano. IV. Tít.

SCDD 863.8 Co-BoIUP

Sistema Nacional de Bibliotecas - SISNAB

Institución Universitaria

Politécnico Gran Colombiano.

El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con propósitos académicos siempre y cuando se indique la fuente o procedencia. Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del (los) autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano pertenece a la ACEUC (Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia).

El proceso de gestión editorial y visibilidad de las publicaciones de la Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano se encuentra certificado bajo los estándares de la norma ISO 9001:2015, con el código de certificación ICONTEC SC-CER660310.



Tabla de contenido

Agradecimientos	5
Introducción	6
La escuela arcoíris	9
Las aventuras en búsqueda del riesgo en casa	19
Libertad	27
La escuela de leones	35
Tintín, el cazador de misterios	43
La fábrica de masmelos mágicos	53
Un gato extraordinario	65
Una noche en el museo	75
El pequeño viajero	87
Cuando la granja tiembla	95
De los autores	100







Agradecimientos

Transformar conocimientos teóricos en una obra literaria, transmitir mensajes y conocimientos no es fácil; por ello, hoy agradecemos a los docentes y estudiantes que invirtieron un esfuerzo significativo para obtener este resultado; así mismo, al apoyo constante del Poli y la Editorial dado que, sin su apoyo, orientación y trabajo, este resultado no habría sido posible. Finalmente, a las familias de cada uno de los autores por su soporte y amor constantes, que se reflejan en estas páginas que dejarán huella en niños, niñas y adolescentes.



Introducción

La Prevención de Riesgos Laborales conforma una línea de acción que agrupa un conjunto de actividades; que están destinadas a evitar o disminuir la probabilidad de materializar una lesión, enfermedad o muerte por causa de las condiciones del trabajo. Sin embargo, para ello, es importante que las personas conozcan los posibles riesgos que pueden generar enfermedades y accidentes en el trabajo, de manera que puedan evitarlos a su día a día creando una cultura preventiva. En consecuencia, este libro está diseñado para que el público lector de todas las edades conozca la importancia del bienestar propio y de los demás, tanto en los hogares como en los espacios de trabajo, a través de cuentos e historias originales y divertidas que utilizan la metodología del *storytelling* para aprender hábitos responsables de cara a los riesgos de la cotidianidad.

La metodología *storytelling* se refiere a una técnica en la que, a través de la narrativa de una historia se transfiere un mensaje, un valor, una idea o una enseñanza. En este caso, información académica muy útil a partir de la enseñanza de las historias, la cual es aplicable a la vida cotidiana, conectando de manera directa y profunda las personas; ya sea en ambientes familiares donde se comparten espacios de lectura o en ambientes laborales, como una forma didáctica de transmitir enseñanzas relacionadas con la seguridad de los colaboradores. Al ser una



historia que hilvana situaciones, ideas y conflictos a través de personajes, facilita el involucramiento de las personas que pueden presentarse de manera cotidiana. Esto genera un mejor impacto de muy fácil recordación y réplica en futuras comunicaciones entre personas de todas las edades.

Previamente, con la publicación de *Cuentos para seguritos, con la vista en el riesgo. Vol. 1*, nos centramos en los aspectos más relevantes de la Biología Humana para identificar cómo se enferman las personas a causa del trabajo. En esta última versión, el enfoque fue en riesgos laborales específicos como el psicosocial, el biológico por mordeduras y el químico por exposición a líquidos peligrosos. También se abarcan temas como peligros en el hogar, primeros auxilios, elementos de protección personal, bienestar laboral, la historia de la seguridad y salud laboral, seguridad industrial y sismos.

El grupo de investigación y los estudiantes que han participado en esta publicación, espera que sea un material didáctico provechoso para el aprendizaje de la prevención de riesgos laborales en todas las edades. Esto nos motiva a seguir creando propuestas literarias enmarcadas en esta estrategia.

C·I





Capítulo 1

La escuela arcoíris¹

Riesgo psicosocial en la escuela

Érase una vez un hombre viudo llamado Edward. Tenía los ojos azules, la piel blanca, el cabello oscuro, y era muy alto. Aunque entusiasta y amable, vivía precariamente con su familia en una muy humilde cabaña de un reino muy lejano llamado Villa Alegría. Desafortunadamente, su esposa había fallecido hacía unos meses, dejándolo a cargo de sus dos hijos, Juan y Laura. Estos niños eran lindos, juiciosos, amables y respetuosos. Les encantaba aprender cosas nuevas y divertirse estudiando, pero lamentablemente no podían asistir a la escuela porque su papá no podía pagarla; así que se dedicaban a ayudar con los quehaceres de la cabaña mientras Edward salía todas las mañanas a trabajar.

Cerca de la cabaña había grandes fincas con cultivos de mangos, fresas, moras y aguacates, también resplandecientes granjas donde tenían muchos animales como conejos, gallinas, patos, cerdos, vacas y caballos. Era allí en donde Edward podía trabajar para llevarle la comida a sus pequeños hijos. Él se caracterizaba por ser una persona muy trabajadora, responsable y dedicada ya que cuidaba de todos los cultivos y también de los animales, dándoles alimento y limpiando el lugar donde se encontraban. Disfrutaba mucho hacer estas actividades diarias, armonio amaba estar en contacto con los animales y poder cuidarlos.

1. Cuento resultado del trabajo del grupo de investigación Calidad de Vida, Salud y Seguridad Laboral del Politécnico Grancolombiano con sus proyectos: Innovación en la gestión empresarial, el trabajo digno y decente en el marco de la Seguridad y Salud Laboral; consultoría GSSL 2022-2023; código IACI2022-FSCC-CVSSL-87389; y Prevención de riesgos laborales en ambientes de trabajo y sus complejidades en las ciencias del trabajo para trabajadores y futuros trabajadores; código IA2024_CVSSL_PEC_06-87418.

Un día soleado de otoño, cuando las hojas secas caían de los árboles, Hugo, el dueño de una de esas fincas, regresó de un largo viaje por el desierto de San Benito. Al llegar, observó que todo estaba muy bien cuidado: sus animalitos estaban sanos, gordos y limpios; y sus cultivos llenos de frutos con hojas frondosas y verdes; todo se veía hermoso. María, la encargada de ayudarlo con la limpieza, le comentó que había una persona nueva cuidando de los animales y cultivos, pero él no sabía quién era esa figura misteriosa.

—¿Quién es esta persona que cuida tan bien de mi finca?
—preguntó Hugo, intrigado.

—Es Edward, un hombre muy trabajador y dedicado. Ha estado cuidando de todo como si fuera suyo —respondió María.

Hugo quedó pensativo al respecto, por lo que al día siguiente quiso conocer a esta persona que estaba trabajando con tanto esfuerzo. Se levantó muy temprano, desayunó y decidió recorrer la finca hasta encontrarla. Después de un largo rato de caminata, encontró a Edward entre el cultivo de fresas.

—Buenos días —dijo Hugo, acercándose—. Tú debes ser Edward. Quiero agradecerte por mantener mi finca tan hermosa.

—Buenos días, señor Hugo —respondió Edward, sorprendido—. Es un placer para mí cuidar de este lugar.

—Estas tierras me traen muchos recuerdos de la infancia —continuó Hugo, con un tono melancólico—. Aquí pasé momentos maravillosos junto a mis padres, pero ya no están vivos. Prometí cuidar de este bello lugar, pero mis ocupaciones en el trabajo me lo impiden.

Edward asiente, comprendiendo el sentimiento.

—Disfruto mucho de mis actividades diarias en la finca, pero me siento

desanimado porque no puedo pagar la escuela de mis pequeños hijos, Juan y Laura —dijo Edward, con un suspiro.

Hugo lo miró fijamente, preocupado.

—Mi esposa falleció hace dos meses, y los gastos médicos nos dejaron en una situación muy difícil. No tuve más remedio que sacar a mis niños de la escuela. Ellos son muy inteligentes y les encanta aprender, pero no puedo permitirme pagar su educación —dijo Edward, con voz triste.

Hugo sintió una profunda tristeza por la situación de Edward. Con voz de angustia, le dijo:

—Llévame a tu cabaña. Quiero ver cómo puedo ayudar. Quiero conocer a tus hijos y saber más sobre tu vida —dijo con voz cálida.

Después de conocer a los niños, Hugo se comprometió a apoyarlos y cambiar el futuro de esta gran familia. Fue a la Escuela Arcoíris y habló con la directora Susane sobre la situación de Juan y Laura.

—Estoy dispuesto a cubrir todos los gastos escolares de los niños —dijo Hugo con determinación.

Susane se conmovió, y con entusiasmo dijo:

—Serán admitidos y pueden empezar las clases mañana mismo.

Hugo, lleno de alegría, salió rápidamente de allí y fue a la cabaña de Edward. Al llegar, profundamente conmovido, los sorprendió:

—¡Juan, Laura! —exclamó Hugo—. ¡Van a volver a la escuela!

Los niños lo abrazaron con gratitud, con un brillo en sus ojos que reflejaba la felicidad que inundaba sus corazones. La mañana siguiente, Juan



Ilustración: Ana María Orjuela

y Laura se despertaron muy temprano, emocionados por su primer día de clases. Sin saber qué ponerse, cada uno escogió la ropa del otro. Luego, rápidamente, despertaron a su papá.

—¡Papá, prepáranos por favor, el desayuno! —dijo Juan, impaciente—. ¡No queremos llegar tarde!

Así fue como Edward les preparó un desayuno delicioso, y Juan y Laura salieron muy contentos hacia la Escuela Arcoíris. Al llegar, la profesora Luna los estaba esperando en la entrada y los llevó hasta su salón, donde los presentó frente a sus nuevos compañeros de clase. Sin embargo, Rodolfo, un niño rubio y pecoso, empezó a burlarse de ellos.

—¡Miren su ropa! —se rio Rodolfo—. ¡Parece sacada de la basura!

Luna lo reprendió de inmediato.

—¡Rodolfo! —exclamó con firmeza—. ¡Eso es inaceptable! Pide disculpas ahora mismo.

Rodolfo, molesto, murmuró:

—Pobres mugrosos...

Juan y Laura sintieron una gran tristeza en su corazón al escuchar esas palabras, pero decidieron mantener la alegría durante la clase. Dibujaron, cantaron, bailaron y se sintieron llenos de felicidad. Sin embargo, al salir al recreo, Rodolfo y sus amigos los esperaban en la puerta del salón.

—¡Vaya, miren quiénes están aquí! —dijo Rodolfo con desdén—. Los pobres mugrosos.

Juan y Laura, muy asustados, salieron corriendo y llorando rumbo a su humilde cabaña. Al llegar, su papá los estaba esperando, y al verlos tan exaltados, les preguntó angustiada:

—¿Cómo les fue en la escuela? ¿Qué les pasó?

Los niños no podían pronunciar una sola palabra; estaban visiblemente afectados. Edward esperó pacientemente a que se calmaran un poco para que le explicaran la razón de su tristeza. Al cabo de un rato, dejaron de llorar y comenzaron a contar cómo un niño llamado Rodolfo los había maltratado.

—No queremos volver a la Escuela Arcoíris —dijo Laura entre sollozos—. Nos sentimos muy mal por lo que nos hizo Rodolfo.

Edward, muy preocupado y sin saber qué hacer, llamó a Hugo para pedirle consejo sobre la situación. Hugo, al escuchar lo sucedido, fue inmediatamente a la cabaña porque le preocupaba el estado de los pequeños niños. Al llegar y verlos tan tristes, fue de inmediato a la Escuela Arcoíris y habló con la directora Susane.

—¡Buenas tardes, Susane! —exclamó Hugo al entrar en la oficina—. Necesitamos hablar urgentemente sobre Juan y Laura.

Susane lo miró sorprendida.

—¿Qué ha pasado, Hugo? —preguntó con preocupación.

—Un estudiante llamado Rodolfo ha estado molestando a Juan y Laura —explicó Hugo—. Han regresado a casa muy tristes y no quieren volver a la escuela.

Susane, consternada, respondió:

—No tenía conocimiento de esto. Llamaré a la profesora Luna para que nos dé más detalles.

Luna llegó rápidamente a la oficina y les explicó lo que había presenciado. Al final dijo:

—Pero no sabía que había seguido molestándolos.

Susane, Luna y Hugo se dirigieron al salón de clases para preguntar sobre lo sucedido, pero ninguno de los niños habló; todos se quedaron en silencio al ver a los tres adultos, temiendo meterse en problemas con Rodolfo, quien los había amenazado.

Hugo, al ver que todos los niños guardaban silencio, se retiró con Susane para hablar.

—Susane, tengo una idea —dijo Hugo—. ¿Qué tal si hacemos una obra de teatro para enseñarles a los niños sobre el respeto y la empatía?

Su idea era crear una obra de teatro con todos ellos, excepto Juan y Laura, quienes estarían presentes en el público junto a todos los padres observando el espectáculo. Susane asintió y le dijo:

—Me parece una excelente idea, Hugo. Podemos involucrar a todos los niños para que aprendan una lección importante.

Durante la obra, Rodolfo interpretaba a un niño pobre que vivía en una choza, llena de mugre y sin nada que comer. Los demás personajes eran los vecinos de Rodolfo, quienes le hablaban con groserías y se burlaban de su choza y de él. Tantas fueron las burlas que recibió que se hizo a un lado y bajó su cabeza, triste. En ese momento, Juan y Laura, al verlo así, decidieron subir al escenario y abrazarlo fuertemente. Todos quedaron en total silencio al observar tan bella escena.

Rodolfo, en ese momento, comprendió que su manera de actuar con Juan y Laura no era la correcta. Les devolvió el abrazo con más fuerza y les pidió perdón.

—Lo siento mucho, Juan y Laura —dijo Rodolfo con sinceridad—. No debí tratarlos así.

Todos aplaudieron al ver el final de la obra. Los niños formaron una fila, agradeciendo al público, y se cerró el telón.

Hugo subió al escenario e invitó a todos los niños y a sus padres a la cancha de fútbol. Tenía preparada una sorpresa para cada uno de ellos: globos, paletas, crispetas, algodones de azúcar y muchos juegos para compartir. Todos, al verse reunidos allí, comprendieron la importancia de respetar a las personas independientemente de las diferencias que podían tener y aprendieron que no deben hacer a otros lo que no les gustaría que les hicieran, manteniendo la unión constante y el trabajo en equipo.

Edward, Juan y Laura, después del evento, se dirigieron a su cabaña donde los esperaba María con la gran noticia de que podían vivir en la finca de Hugo, rodeados de animales y grandes cultivos.

—¡Vamos a vivir en la finca de Hugo! —exclamó Edward, emocionado.

Ilusionados, alistaron sus maletas y salieron de inmediato.

Con el paso de los días, Juan y Laura se divirtieron mucho en su nuevo hogar. En la Escuela Arcoíris, vieron cómo sus compañeros los aceptaban y compartían momentos increíbles con cada uno de ellos. Se sintieron felices y agradecidos. Cada día de clases estaba lleno de aventuras donde aprenderían temas nuevos junto a sus amigos, disfrutando de todo lo que vivían en este maravilloso lugar, con las personas que amaban.

Edward vio cómo el respeto y el cuidado mejoraron sus vidas. Por su amabilidad y trabajo con entrega, Hugo lo apoyó siempre, así como a los niños. Todos comprendieron que tratar bien a los demás y cuidar lo que tenemos puede cambiar nuestras vidas y hacer amigos.

Sus hijos, Juan y Laura, aprendieron a ser valientes y a responder con bondad, incluso cuando alguien los tratara mal. Edward estaba agradecido por la ayuda de Hugo y de la Escuela, y supo que enseñar respeto y cuidado a sus hijos les ayudaría a tener un futuro feliz y lleno de amigos.



Ilustración: Ana María Orjuela



C·II



Capítulo II

Las aventuras en búsqueda del riesgo en casa²

Peligros en el hogar

Érase una vez una pequeña ciudad llamada Villa Segurita en donde vivían, junto a su madre Anita, dos hermanitos: Robertico y Marianita. Ellos eran muy curiosos y siempre buscaban nuevas aventuras. Su casa quedaba en lo alto de una colina, se rumoraba que era antigua y misteriosa, llena de riesgos y encantamientos.

Un día, Robertico y Marianita ansiosos por la emoción de una nueva aventura, decidieron explorar su casa. Para ello, empacaron sus capas de superdetectives, linternas, cuerdas, cascos, un mapa y, sobre todo, una libreta y un lápiz para tomar apuntes de todos los descubrimientos que harían a lo largo de su travesía. Con gran emoción y valentía emprendieron su rumbo hacia lo desconocido. Su primera parada fue la cocina. Allí se encontraron con un ambiente agradable, pero un poco misterioso, su mamá estaba preparando una rica torta de banano, a lo cual exclamaron:

—¡Hummm que rico huele!

Marianita escuchó ruidos que provenían de su estómago, pues tenía mucha hambre, y todo indicaba que su mamá tenía un tesoro escondido en el horno. Entusiasmados por la gran sorpresa que hallarían continuaron con su objetivo sorteando trampas ingeniosas: abrieron la puerta del horno que se encontraba encendido y queriendo manipular la bandeja para sacar la torta, se acerca Anita y exclama:

2. Cuento resultado del trabajo del grupo de investigación Calidad de Vida, Salud y Seguridad Laboral del Politécnico Grancolombiano con su proyecto: Prevención de riesgos laborales en ambientes de trabajo y sus complejidades en las ciencias del trabajo para trabajadores y futuros trabajadores; código IA2024_CVSSL_PEC_06-87418.

—¡No cojan nada! ¡No toquen eso!

Marianita y Robertico soltaron la manija del horno y cayeron al suelo. Su mamá, les explicó:

—El horno es una zona peligrosa y solo los adultos debemos manipularlo o abrirlo cuando esté en funcionamiento, ya que se pueden quemar con las partes calientes o se puede generar un incendio.

Los niños muy asustados por lo que les hubiera podido ocurrir, estaban atentos a las indicaciones que les daba su mamá y anotaron en la libreta de apuntes su primera experiencia frente a la búsqueda del riesgo. Luego, Robertico se percató de que había un cuchillo afilado en el borde de la mesa de la cocina y como sabía que esto era muy peligroso, lo guardó en el cajón que es un lugar seguro y le dijo a su hermana:

—¡Ten cuidado con el cuchillo! —exclamó cauteloso—. ¡Te puedes cortar!

Mamá Anita les sirve un trozo de torta de banano para que se alimenten y así, continuar su aventura con energía. Antes de comer, Marianita le recuerda a su hermanito:

—Es importante lavar tus manos antes de comer cualquier alimento para evitar enfermarte.

Robertico se da cuenta de que es una nueva enseñanza y hace una segunda anotación en su libreta.

Los dos hermanitos deciden continuar explorando su casa en búsqueda de tesoros. Para lograr su propósito, se ponen sus gafas encantadas y así, van encontrando muebles que se mueven por sí solos, pero ellos no se dejan intimidar y continúan su camino lleno de magia y travesuras, llegando a su segunda parada: la sala.

Robertico avanza muy concentrado con sus gafas encantadas, que le impiden ver la realidad. Choca con un objeto. Se retira rápidamente sus gafas y encuentra cables sueltos desordenados en el suelo, así como algunos juguetes que su mamá estaba limpiando. Los dos hermanitos se dan cuenta de que a alguien podría tropezar y caer. Marianita piensa:

—Hubiera podido ser el abuelo, él casi no ve y debe utilizar bastón.

Preocupados por lo que han descubierto y motivados por el amor hacia él, se disponen a ayudar a Anita y recogen el desorden que habían dejado con los juguetes. Anita les explica:

—¡Cada cosa tiene un lugar seguro donde guardarse para que todo esté limpio y ordenado!

Los niños se dividen el trabajo: Marianita levanta los juguetes y los organiza en cajones de almacenamiento, mientras que Robertico recoge los cables y se los entrega a su mamá. Marianita registra en la libreta su nueva experiencia dentro de la expedición en búsqueda del riesgo.

Marianita y Robertico sienten la necesidad de ir al baño. Al observar con detenimiento el suelo, descubren agua salpicada cerca del inodoro. Nuevamente anotan en sus libretas que es peligroso caminar por ahí y deciden contarle a su mamá. Anita lo limpia para evitar accidentes.

Después de salir del baño, los hermanitos se dan cuenta de que hay una puerta misteriosa detrás de la que se escuchan ruidos extraños. Motivados por la curiosidad, deciden abrirla, y notan que la lavadora está encendida, ocasionando el ruido raro y se detiene. Llega mamá Anita a depositarle unos líquidos extraños. Robertico toma un recipiente con sus manos, lo huele y percibe un olor desagradable, por lo que lo deja en donde estaba. Marianita lo coge y se lo lleva a la boca para probar que podría ser ese líquido extraño, a lo que su mamá exclama angustiada:

—¡No! ¡Mi niña! ¡Eso no se puede tomar ni tocar!

Robertico pregunta:

—¿Por qué? ¿qué es, mamá?

Ella responde:

—Es un producto que se utiliza para limpiar y desinfectar el baño, los pisos y también para lavar la ropa. Por eso está guardado en este cuarto de limpieza, y los niños no deben manipularlos ni jugar con ellos porque se pueden intoxicar.

Marianita recuerda lo que le había enseñado su mamá en la sala sobre el orden y el lugar de las cosas. Le dice a su hermanito que saque su libreta donde apunta el nombre del lugar de la puerta misteriosa, que es el cuarto de limpieza, y le recomienda a Robertico:

—¡Aquí no debemos jugar!

Con el mapa en sus manos, Robertico nota que el día se acaba y que aún les quedan varios lugares por visitar, por lo que sale corriendo para subir las escaleras que llevan al segundo piso, donde están las habitaciones. Su hermanita lo alcanza y lo toma del brazo para detenerlo, y le dice:

—¡No debes correr en las escaleras! Mamá nos ha dicho que, si lo hacemos, podemos caer y golpearnos muy fuerte.

Marianita se adelanta y cogiéndose del pasamanos de la escalera, le dice a su hermanito:

—¡Mira! ¡Así debes subir y bajar siempre las escaleras!

A lo que Robertico responde:

—¡Tienes razón, gracias!

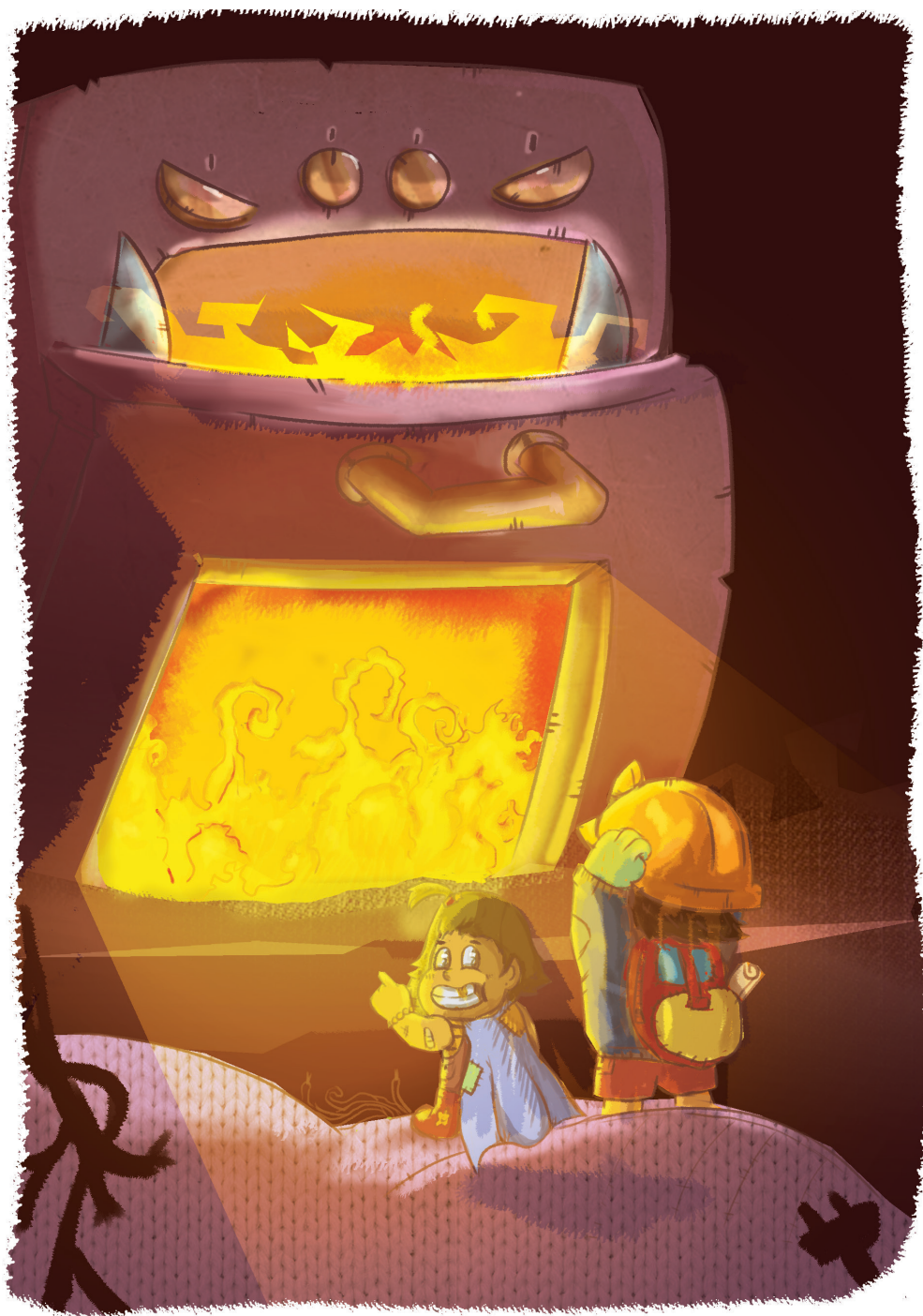


Ilustración: Daniel Felipe Urbina Bejarano

Los niños llegan al segundo piso y entran en la habitación de Anita. Robertico ve que detrás del televisor hay un cable conectado y pregunta con curiosidad:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Qué es eso donde está conectado el televisor?

Anita le responde:

—Se llama tomacorriente y permite que los aparatos como el televisor, el ventilador y la nevera, estén encendidos utilizando energía eléctrica. Por este motivo, los niños no deben tocarlos directamente porque se pueden electrocutar. —¿Entendido?

Ambos hermanitos responden con un enérgico:

—¡Sí! ¡mamá!

Y lo anotan en su libreta como una experiencia de conocimiento sobre el riesgo.

Robertico y Marianita, felices de revisar cada rincón de la casa de mamá, exclaman:

—¡Qué orgullosos estamos del trabajo que hemos realizado como superdetectives de la seguridad en casa!

Los niños lograron identificar riesgos presentes en sus lugares cotidianos y tomaron medidas para prevenir accidentes.

Después de lavarse los dientes, en la cama, Anita les pregunta:

—¿Cómo les fue con su aventura descubriendo y aprendiendo hoy?

Los hermanitos relatan la información que escribieron en su libreta de apuntes. Adicionalmente, le dicen:

—¡Nos dimos cuenta de lo importante que es la seguridad en casa y que los niños deben aprender sobre ella para evitar accidentes!

Marianita dice:

—En mí caso, aprendí que no debo tocar el horno cuando está encendido, que debo tener precaución al entrar al baño si el piso está mojado, y que no debo jugar con los productos de limpieza.

Cuando Marianita termina de hablar, Robertico exclama:

—¡Yo también, mamá! ¡Aprendí a guardar siempre los juguetes cuando termino de jugar con ellos para cuidar al abuelo, y para no caerme; a no correr por las escaleras y a no tocar los tomacorrientes!

Mamá Anita, orgullosa de lo que habían aprendido sus hijos, se despide dándoles un beso en la frente.

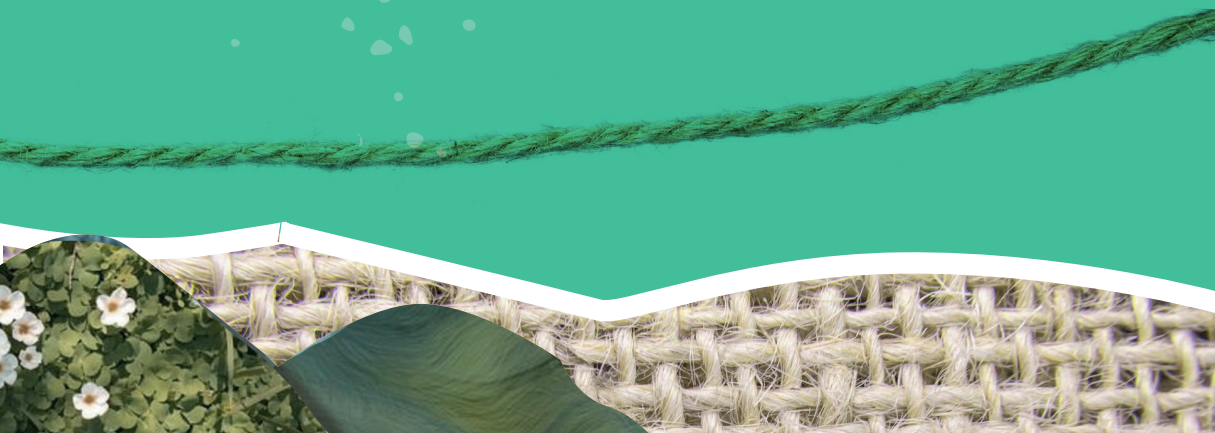
Al día siguiente día se levantan muy temprano para ir al colegio. Están muy entusiasmados y al entrar a clases, le cuentan a cada uno de sus compañeros todo lo que consiguieron comprender al realizar su labor de cazadores de riesgos. Desde ese día, Marianita y Robertico se convirtieron en los guardianes de la seguridad en casa; siempre están atentos a cualquier situación o peligro que noten presente en su casa o escuela y se aseguran de que sean lugares seguros para todos.

Y así, con su valentía y determinación, los dos hermanitos demostraron que todos podemos ser superdetectives de la seguridad, no solo en casa, sino en otros contextos como el colegio.

—Recuerda: es importante estar alerta y tomar medidas para prevenir accidentes en nuestro hogar.



C·III





Capítulo III

Libertad³

Riesgo biológico - Mordeduras

Esta es la historia de un ser maravilloso, de esos que te dejan solo amor en el corazón, aquellos que le dan libertad a tu alma. Martín caminaba con prisa rumbo a la escuela; era lunes y estaba soleado en San Miguel de los Alcázares. Desde la colina, por donde él iba apresuradamente, se veía la costa repleta de barcos en el puerto y a mucha gente iniciando sus labores diarias. En el último mes, era habitual que llegara tarde debido a que su mamá, quien todos los días lo ayudaba a prepararse para ir a estudiar, no estaba con él: Papito Dios la había llamado al cielo.

A sus 9 años, Martín se estaba acostumbrando a hacer las cosas sin la ayuda de su adorada mamá. Cada día hacía su mejor esfuerzo; sin embargo, despertarse en las mañanas era lo más difícil. Víctor, su padre, debía insistirle mucho antes de lograr que Martín se levantara de la cama. Una vez se ponía en pie, todo era caos: debía ducharse, vestirse y desayunar a toda prisa, lo que le generaba mal humor, y su ánimo se mantenía así hasta el recreo, ya que era ese momento cuando Martín volvía a ser feliz.

Esa mañana calurosa, al pasar por la plaza de mercado rumbo a su escuela, Martín se vio obligado a detenerse de golpe, pues en su camino se interpuso una manada de perros que peleaban furiosos por un enorme hueso que algún carnicero del lugar les arrojó, más con el propósito de alejarlos de su local que de alimentarlos. Esto hizo que Martín se sintiera un poco asustado y estresado, ya que a él no le gustaban los perros.

3. Cuento resultado del trabajo del grupo de investigación Calidad de Vida, Salud y Seguridad Laboral del Politécnico Grancolombiano con su proyecto: *Prevención de riesgos laborales en ambientes de trabajo y sus complejidades en las ciencias del trabajo para trabajadores y futuros trabajadores*; código IA2024_CVSSL_PEC_06-87418.

Nunca había tenido mascotas debido a sus alergias, que, según la información suministrada por sus padres, habían sido causadas por un perro que había en casa cuando Martín nació y debieron dar en adopción unos meses después de su llegada. En San Miguel de los Alcázares habitaban muchos perros en la calle, sin dueño, sin cuidados médicos, sin comida ni agua.

Martín ahora sin miedo, pero con prisa, se abrió camino entre los perros, propinándoles algunos golpes para separarlos.

—¡Quítate! ¡Huch, quítate! —dijo Martín.

Al recibir esta agresión, uno de los perros reaccionó mordiéndole la canilla derecha. Martín, muy asustado, se adelantó corriendo unos metros para protegerse y, desde allí, miró hacia atrás. Vio un perro de color blanco alejado de la manada furiosa, que lo miraba fijamente con ojos tristes, como si se sintiera avergonzado por haberlo mordido. Martín, con un poco nervios, sintió desprecio contra aquel perro triste, sin imaginar que aquel animal pronto se llamaría Matilda y que cambiaría su vida de una forma inesperada. Martín nunca le contó a nadie lo que acababa de pasar, ya que pensó que la situación no era para alarmarse y no veía algún riesgo frente al tema.

Dos semanas después, caía una lluvia torrencial. Martín, entre nostálgico y complacido, veía a través de su ventana. Del otro lado de la calle estaba la misma perrita, mojada y con frío debajo del techo de la casa del vecino, intentando protegerse de la lluvia. Mirándola detenidamente, pudo reconocerle rasgos que aquel día del ataque no había percibido. Corrió hacia donde estaba ella y observó que se encontraba muy nerviosa. Estaba decaída, lo que generó en Martín angustia e inseguridad, pues en el colegio había escuchado hablar de enfermedades de los animales, entre ellos los perros, con síntomas similares. Sin embargo, conmovido, se llevó el animalito a casa.

Víctor, el padre de Martín, quien era un hombre amable y trabajador, regresaba de la oficina a su casa, cuando notó la presencia de la perrita.



Ilustración: José Mauricio Durán Guerrero

Estaba muy mojada y también temblando de frío, en la puerta de su casa. Al acercarse a ella con compasión, notó en su mirada que no estaba bien. Le tocó las orejas, y ella respondió moviendo su cola muy lentamente. Víctor pensó:

—Supongo que debo hacer algo por ti.

Ya en su casa, buscó una vieja correa con la que amarró a la perrita para entrarla, darle comida y así poder secarla con una toalla para más tarde resguardarla en el patio interior. Siendo de noche, Víctor se durmió pensando que al otro día no sabría cómo contarle la situación a su hijo, quien no sentía cariño por ningún animal.

Antes del amanecer, Víctor notó que Martín entraba en su cama y se dio cuenta de que esa visita se debía a la alta temperatura del niño y su visible malestar. En ese momento el padre muy preocupado le dijo:

—¡Debo llevarte al hospital lo más pronto posible!

Víctor, pasó todo el día en el hospital pendiente de la salud de su hijo, sin tener ninguna respuesta de los médicos que lo estaban atendiendo. Ya entraba la noche, recordó que en casa había quedado aquella peludita de la calle que él había resguardado, entonces, hizo unas llamadas, dejó a Martín en compañía y salió en búsqueda de su huésped.

Al regresar a casa, Víctor vio que Matilda estaba muy débil y deshidratada, aunque era una perra joven, se veía bastante cansada, por lo que presintió que algo no estaba bien con ella. A pesar de la situación que estaba viviendo con su hijo, no la dejaría sin atención y la llevó al consultorio de su hermano, quien era veterinario, y ahí la dejó a su cuidado para regresar al hospital.

Siendo las once de la noche, el médico que estaba atendiendo a Martín, le dijo a Víctor:

—Su hijo presenta Rabia, un virus que se contagia a través de la mordida de un animal infectado.

A lo que Víctor le respondió:

—¿Cómo es esto posible si Martín no tiene contacto con ningún animal por su alergia? ¿Qué pudo haber ocurrido?

Por otro lado, su hermano Miguel, el veterinario, ya sabía qué tenía Matilda. También, que el animal se encontraba en un estado crítico y lo más probable era que no sobreviviera, pero él seguía intentando salvarle la vida. Para Víctor todo era muy confuso: su hijo y aquella perrita proveniente de la calle pasaban por lo mismo. Era algo extraño, y se sentía triste y desconcertado.

En San Miguel de los Alcázares no existían programas o políticas públicas claras y contundentes para proteger a los animales que habitaban la calle, así como tampoco iniciativas para esterilizarlos; no había promoción de adopciones responsables, mucho menos esquemas de vacunación. Estas falencias hacían que los animales en condición de calle se vieran expuestos al virus de la rabia, pudiendo contagiar a las personas y a otros animales, generando consecuencias importantes.

Martín, quien seguía en el hospital con su estado de conciencia alterado, delirante escuchó a lo lejos unos ladridos y pensó:

—¡Es Matilda!

Luego, vio a la perrita junto a su madre (quien había fallecido), y recordando la conexión inexplicable que tuvo con Matilda, supo que algo no estaba bien. Se puso a llorar y a gritar.

Víctor llegó al hospital pasado este momento, cuando su hijo estaba mejor. La enfermera le comentó que el niño en sus delirios llamaba a alguien de nombre Matilda. Conmocionado al verlo despierto, lo abrazó, tranquilo,

al saber que la situación iba poco a poco mejor. Víctor aprovechó ese momento para contarle a Martín lo vivido con aquella peludita que encontró en la puerta de la casa, mencionándole las lamentables condiciones en las que se encontraba.

Martín, sorprendido, le contó a su padre la historia vivida con Matilda, le dijo que estaban hablando del mismo animalito y que su mordida fue ocasionada por ella. Llorando desconsolado, abrazó a su padre y le pidió perdón por no haberle contado inmediatamente lo ocurrido, ya que pensó que no era una situación relevante, mucho menos que generara algún riesgo para ninguno de ellos. Y le dijo reflexivo:

—Papá, esta situación que pasó con la perrita me dejó grandes aprendizajes.

Pasaron los días y Miguel, ilusionado por la posible recuperación del animalito, les preguntó:

—Chicos, ¿qué nombre va a tener la perrita?

Mirándose cómplices, dijeron al unísono:

—¡Matilda!

Finalmente, la nueva integrante de la familia logró superar la enfermedad, salvándose de la rabia. Martín y su padre fueron muy felices con esa noticia.

El niño creció y se graduó como veterinario, cumpliendo así la promesa que hizo en el hospital de ayudar a todos los animales que lo requirieran. Ahora tiene un centro de bienestar animal, y el estado lo apoya, creando planes y programas enfocados en salud pública, cuidando no solamente de los animales sino también a las personas.

Desde el centro, Martín promueve diversas campañas relacionadas todas con la protección animal, donde habla de la adecuada alimentación

según la especie, cuidados médicos, tenencia responsable, promoción y prevención en el control de enfermedades. Uno de sus objetivos es enseñarle a la comunidad que, en su interacción con los diferentes animales, se pueden presentar riesgos de tipo biológico, como lo son las mordeduras. Una de las más frecuentes es la ocasionada por caninos, lo que genera un problema de salud pública, en el que lamentablemente la población infantil es una de las víctimas más recurrentes. En estas campañas, el Dr. Martín explica todos los escenarios dentro de un accidente causado por mordeduras de perros, abordando el riesgo biológico por infección en estos casos, además de las características que pueden tener este tipo de lesiones (heridas, laceraciones, etc.). También pone sobre la mesa el manejo de los antibióticos, antirrábicos y antitetánicos que deben suministrarse a las víctimas, brindando todas las recomendaciones pertinentes para un tratamiento adecuado. Él es un líder en la concientización de este problema, desde su origen con el abandono animal, hasta su tratamiento individual y médico, contribuyendo así con la formación de las personas y minimizando riesgos ocasionados por este tipo de escenarios.



Ilustración: José Mauricio Durán Guerrero



C·IV





Capítulo IV

La Escuela de Leones⁴

Primeros auxilios

La Escuela de Leones era un lugar muy grande y concurrido al que los niños solían ir a aprender y a compartir con sus amigos. Aunque era un lugar muy divertido, tenía algunos peligros que debían ser evitados a toda costa.

Sara y Gerónimo eran dos amigos gatunos que asistían a la escuela juntos. Pronto llegó el día que tanto anhelaban, y por fin, después de unas largas y merecidas vacaciones, retornarían a la Escuela de Leones a compartir nuevamente sus grandes aventuras. Ese día todo transcurría con normalidad. Llegó la hora del descanso y sonó la campana. Justo en ese instante, cuando este par de amigos se dirigía a salir al parque a jugar, ocurrió un movimiento de la tierra muy fuerte, como si el piso temblara.

Los pequeños gaticos, a lo largo de su valiosa amistad, crearon una lengua de señas para comunicarse sin que nadie más interfiriera. Al notar que todo se movía, decidieron comunicarse con gestos para lograr la calma. Todos los niños se pusieron nerviosos y comenzaron a correr, pero Sara y Gerónimo recordaron lo que habían aprendido en las clases de seguridad en la escuela. Al ver que nadie entendía sus señas, Sara los calmó y, también, los invitó a seguir las señas.

Gerónimo asintió, y juntos siguieron las señales de emergencia que los llevaron a una salida segura. Una vez afuera, todos los niños se reunieron en un punto de encuentro y los maestros verificaron que todos estuvieran allí.

4. Cuento resultado del trabajo del grupo de investigación Calidad de Vida, Salud y Seguridad Laboral del Politécnico Grancolombiano con su proyecto: *Laboratorio de medición biomecánica*; código CVSSL-CDT -2022 -02.

Después de unos minutos, la alarma de incendios se apagó y los niños regresaron a sus salones. Sara y Gerónimo se sintieron muy orgullosos de haber actuado correctamente frente a la emergencia.

Días más tarde, después de lo ocurrido, llegó a la escuela una enfermera que les enseñó a los niños la importancia de los primeros auxilios y de la correcta reacción ante un sismo; también, sobre cómo realizar la maniobra de Heimlich en caso de asfixia por atragantamiento, que consiste en realizar compresiones abdominales fuertes y ascendentes en la parte superior del abdomen, con el objetivo de generar presión para sacar el objeto que bloquea la respiración; y por último, les explicó cómo llamar para pedir ayuda en caso de una emergencia médica. Sara y Gerónimo escucharon con atención las enseñanzas de la enfermera y se dieron cuenta de que saber de primeros auxilios es fundamental para mantenerse seguros y proteger a los demás.

Después de la clase de primeros auxilios, los niños regresaron a sus salones con una nueva sensación de responsabilidad, por lo que ayudaron a otros niños a entender la importancia de seguir las señales de seguridad y de saber cómo actuar en caso de un terremoto. Poco a poco, la cultura de seguridad en la escuela comenzó a mejorar, y todos los niños se sentían más confiados gracias a la educación que habían recibido.

Un día, la directora de la escuela convocó a Sara y Gerónimo a su oficina, para felicitarlos por su dedicación con estos temas. Los niños sonrieron y se sintieron orgullosos de haber hecho una diferencia. Sabían que la seguridad era responsabilidad de cada uno y que, con educación y trabajo en equipo, podían lograr un entorno escolar más seguro y feliz para todos.

En la Escuela de Leones todos aprendían y jugaban juntos. Los niños animales, como el pequeño león Max y la dulce jirafa Ana, estaban siempre emocionados por aprender cosas nuevas y hacer amigos de diferentes especies. Así que, tiempo después, la profesora les dejó una gran tarea a Gerónimo y a Sara: exponer la importancia de respetar las señalizaciones, ya que estaban allí para evitarles accidentes. Max y Ana apoyaron el



Ilustración: Juan Diego Alvarado Moya

mensaje y también les pidieron a sus compañeros que siguieran las señales de seguridad. La profesora los felicitó por su empatía y les dijo que tenían razón en preocuparse de esa manera por los otros chicos.

Gerónimo y Sara decidieron invitar a más amigos y junto con Max, Ana y la profesora Zora, presentaron un nuevo tema: La importancia de seguir las señales de seguridad en la escuela. Los niños escucharon atentamente y comprendieron que esas señales estaban para resguardarlos, así que decidieron unirse y asegurarse de que todos en la escuela las siguieran para su bienestar.

Un día, Max vio al pequeño Lucas jugando con fósforos y aprovechó la oportunidad para hablarle de lo peligroso que podía ser y de las consecuencias si el fuego se salía de control. Gracias a esta charla, a los dos chicos se les ocurrió crear talleres sobre temas nuevos de seguridad, incluyendo: cómo prevenir incendios y cómo actuar en caso de una emergencia médica. Las directivas de la escuela también comenzaron a generar simulacros de emergencia ante sismos, donde se practicaba lo aprendido en las clases. Esto les dejó a todos los niños y adultos una mayor percepción de tranquilidad en caso de que ocurriera una emergencia real.

Pasó el tiempo y durante una de las clases de la profesora Zora, ocurrió un pequeño percance. Lucas estaba jugando con una pelota en el salón cuando accidentalmente la golpeó con fuerza y salió volando por una ventana abierta. Afortunadamente, nadie estaba herido, pero la pelota aterrizó, rebotando varias veces, en el jardín de la casa de la familia de los monos. Ellos, muy enojados porque su jardín había sido dañado, empezaron a arrojar frutas y ramas hacia la escuela. Los niños en la escuela estaban asustados y no sabían qué hacer, pero Max y Ana recordaron lo que les habían enseñado en la clase y supieron exactamente cómo actuar y lograr evacuar.

Ese día, los chicos trabajaron en equipo para tranquilizar a todos en la escuela y poder llevarlos a un lugar seguro. Mientras tanto, la profesora



Ilustración: Juan Diego Alvarado Moya

Zora llamaba a los bomberos para resolver esta novedad. Gracias a la rápida acción y al conocimiento que habían adquirido, los animales de la escuela pudieron manejar la situación de manera segura y efectiva. La familia de los monos se calmó cuando los bomberos arreglaron su jardín, y los animales de la escuela recobraron nuevamente la tranquilidad.

Después de este incidente, Gerónimo, Sara, Max y Ana se dieron cuenta de que aún había mucho por aprender y enseñar en la escuela en cuanto a seguridad. Trabajaron para crear un plan aún más completo, que incluía capacitaciones recurrentes y simulacros de emergencia de sismos.

Gracias al trabajo arduo y a la dedicación de los cuatro niños animales, todos los chicos en la escuela se unieron a la causa, y juntos crearon un ambiente de aprendizaje protegido y feliz. La Escuela de Leones se estableció en el modelo de seguridad para otras escuelas en todo el mundo, transformándose en un lugar donde los niños aprendían, jugaban y crecían, en un ambiente amigable y seguro.

Los días pasaron y los animales de la Escuela de Leones continuaron aprendiendo y disfrutando de su tiempo juntos. La entrega y el compromiso con la seguridad y el bienestar de todos los animales nunca disminuyó.

Mucho tiempo después, mientras paseaban por el bosque, Sara y Gerónimo se encontraron con una familia de ratones que parecían estar en apuros. Caminaban en un área peligrosa del bosque y parecían estar perdidos. Sara y Gerónimo inmediatamente recordaron lo aprendido en la escuela y se acercaron a ayudarlos.

Los ratones estaban asustados y necesitaban ayuda para encontrar su camino de regreso a casa. Los chicos trabajaron para guiarlos a través del bosque y llevarlos a un lugar seguro. Una vez que los ratones estaban a salvo, Sara y Gerónimo se dieron cuenta de que no solo podían aplicar su conocimiento de seguridad en la escuela, sino también en

todo el bosque. Decidieron que era importante enseñar a los animales del lugar sobre protección y cómo mantenerse seguros en su hogar. Trabajaron unidos para crear una nueva campaña y comenzaron a visitar diferentes áreas del bosque para enseñar a otros cómo prevenir accidentes y actuar en caso de una emergencia.

La campaña de seguridad fue un gran éxito. Todos aprendieron a prevenir incendios, mantenerse seguros mientras exploraban el bosque y actuar ante una emergencia de salud. La seguridad fue la prioridad para todos, y trabajaron para vivir siempre con esa idea. Con el tiempo, la campaña de seguridad se extendió más allá del bosque y llegó a otras áreas de la selva. El trabajo y la dedicación de los chicos ayudó a crear un ambiente más seguro y feliz en la región. Incluso quienes visitaban la selva comenzaron a tomar nota de la importancia de la seguridad y comenzaron a implementar el plan y la campaña que los chicos habían creado para evitar accidentes. Ahora, la Escuela de Leones se convertía también en el modelo para otras comunidades en el planeta. Su trabajo había fomentado una cultura mundial que ayudó a proteger a todos en la selva y permitió que disfrutaran de su tiempo juntos, sin preocupaciones innecesarias.

Así, Sara, Gerónimo, Max y Ana, se convirtieron en héroes gracias a su perseverancia. Su compromiso con la protección y el bienestar de los demás lograron hacer diferencia; su ejemplo inspiró a muchos a seguir su camino y trabajar en equipo para crear un mundo más seguro y feliz para todos.





C.V

Capítulo V

Tintín, el cazador de misterios⁵



Elementos de protección personal

Esta es la historia de un pequeño sapito llamado Tintín, que con su imaginación en el bosque mágico quería saltar y saltar. Su hogar es un pequeño lago y todas las mañanas, en las maravillas del bosque piensa, porque no se lo dejan cruzar. Sus padres, Renata y Ramón, no quieren que su hijo de su casa salga, porque los peligros del bosque lo pueden asustar o, peor aún, lastimar.

El bosque mágico, frondosos árboles de color verde alberga, ríos con peces de muchos colores que aman nadar, largas cascadas brillantes, hermosas flores que parecen diamantes y al señor Sol con su cada día más fuerte calor. Por si fuera poco, muchos animales conviven, y con ellos el pequeño una amistad puede crear, pero, por ser tan frágil, a Tintín sus padres quieren cuidar, y por eso, en el bosque no le permiten saltar.

Tintín se siente triste y solo, sin alguien para jugar. A la escuela no puede llegar, porque miles de kilómetros debe caminar; así que sus padres prefieren a su hijo educar.

Un día, mamá y papá de casa salen para trabajar. El pequeño Tintín, en soledad, decide un nuevo juego inventar, para que el tiempo más rápido pudiera pasar.

Después de muchas horas pensar, Tintín en un cazador de misterios se convertirá, cuando descubra las sorpresas que en el bosque habrá. Pero, siendo tan pequeño, pensó:

5. Cuento resultado del trabajo del grupo de investigación Calidad de Vida, Salud y Seguridad Laboral del Politécnico Grancolombiano con su proyecto: *Laboratorio de medición biomecánica*; código CVSSL-CDT -2022 -02.

—¿Cómo podré cuidarme de lo misterioso y mágico del bosque?

Porque, afuera de su casa, con problemas se iba a encontrar, que por sí solo tendría que solucionar.

De pronto, Tintín recordó:

—Un día mamá, mi ropa llevó a lavar y el agua muy fría debía de estar.

Lo pensó, porque de grandes lluvias era la época y las grises nubes con destellos en el cielo a todos hacían croar. Fue entonces, cuando mamá sapa de su delantal, sacó algo que parecía como una piel adicional; era delgada, pero sus manos del frío lograban cuidar.

—¡Guantes! ¡Oh, sí! —dijo Tintín.

En ese momento fue que los de su madre fue a buscar, para sus manos del frío resguardar y también de las cosas malas y nuevas que pudiera tocar. Y, pensó:

—¿Por qué es necesario las manos cuidar?

Y entonces un consejo de papá sapo, Tintín pudo recordar:

—“En el mundo hay muchos misterios de diferentes formas y colores que por curiosidad queremos palpar, pero pueden lastimarnos las manos, picarnos o heridas causar”.

Inmediatamente del lago donde se encontraba salió, un hada se encontró. Ella le aconsejó:

—Tus manos has de cuidar, y para eso, guantes tendrás que usar. ¡Ten cuidado! en el más allá... riesgos has de encontrar...

Entonces, sorprendido Tintín, preguntó:



Ilustración: Daniel Andrés Castro Vides

—Señora hada, ¿qué es un riesgo?

—Riesgo... cuando a riesgos me refiero, probabilidades de que un misterio u objetos nuevos tú puedas encontrar y a tu salud daño puedan causar.

Sin importar lo que podía suceder, Tintín su camino continuó; se sentía seguro porque, con los guantes de mamá cualquier cosa podría tocar.

En el camino, un cocodrilo pudo Tintín observar. Entonces, el pequeño sapito, con voz tímida, quiso preguntar:

—Señor cocodrilo, ¿por qué tu piel tan dura está?

El cocodrilo contestó:

—¡Porque todas las mañanas, protector solar me acostumbré a usar, ya que el sol mi piel podría dañar!

Luego el cocodrilo preguntó:

—¿Sabías que la piel es como la capa que usan los superhéroes?

—No... —respondió asombrado el sapito.

Entonces, exclamó el cocodrilo:

—¡La piel es muy importante porque nos ayuda a protegernos de los malvados villanos que con nuestros ojos no podemos ver!

Con la respuesta del señor cocodrilo, Tintín deslumbrado quedó... y un nuevo misterio se reveló. Feliz y saltando en una pata, dijo:

—¡La piel es la capa que con protector debemos de cuidar, y las manos con guantes debemos de resguardar!

Más adelante, por senderos extraordinarios escogió caminar. Pero, Tintín con un charco oloroso de color café, se tuvo que encontrar y al cruzarlo sucias sus patitas seguro iban a terminar. Además, en el charco, criaturas mágicas miniaturas de color verde, llamadas bacterias, vivían; enfermedades y dolores posiblemente causarían.

Entonces pensó Tintín:

—¿Cómo atravesar sin riesgo de enfermar?

Mucho tiempo pasó y para pensar en cómo lograrlo, este sapito en una piedra cansado se sentó.

Minutos más tarde, a un gato vio cómo logró pasar y se preguntó:

—Pero ¿cómo lo ha hecho?

Para el gato con botas, el charco le fue fácil de cruzar, sus patas no ensuciar y además contra muchos más peligros su vida cuidar.

Finalmente, Tintín con ayuda del gato pudo atravesar. Al despedirse, a lo lejos, él se fijó en que el sapito con elementos de protección no debía contar; así que decidió regresar, para un par de botas, a este nuevo amigo regalar. Y le dijo:

—¡Oye, nunca debes salir sin botas, el frío del bosque mágico podría atraparte y nunca del más allá escaparte!

Tintín, agradecido, con sus botas nuevas prosiguió, y así contar más adelante cuántas maravillas conoció. Con su aventura continuó, tan feliz de sentir cómo el tiempo corrió... Pero, a su casa debía de regresar, ya que el señor Sol se estaba yendo a descansar. Rápidamente, la luna en su punto más alto con mucha niebla y frío el bosque mágico iba a congelar, y todo a su alrededor en peligro iba a estar.

Quedando poco tiempo, a casa corre Tintín desesperado, ayuda pide, pues el lago en hielo se está transformando. Afortunadamente, un águila a Tintín en peligro vio y, en un abrir y cerrar de ojos, al sapito rescató. Así se encontró volando con su nuevo amigo, quien la vida le salvó y en su casita aterrizó.

Estando en casa, Tintín no paraba de pensar, emocionado, con las grandiosas hazañas que podría encontrar. Los peligros con ayuda de protección en su cuerpo, sin miedo iba a poder volver a sortear y así, el mundo mágico del más allá poder conquistar.

Él ya no quería sentir más miedo, pues la vida quería disfrutar, y para ello, por ir a la escuela tenía que empezar. Así pues, el pequeño sapito a sus padres contó sobre su travesía, de los misterios que encontró en ese mundo de maravilla, siendo tan solo un frágil y pequeño cazador lleno de valentía. Misterios ante los que, de manera segura aprendió, para ir a la escuela sin su vida arriesgar, recordando lo que cada uno le enseñó.

Al día siguiente, los padres de Tintín tuvieron que aceptar que a la escuela fuera a empezar, aunque por los caminos del bosque mágico tendría que saltar. Sin embargo, Tintín muy feliz emprende su camino, sin miedo a lo desconocido.

Al llegar a la escuela, todos los animales al pequeño sapito miraban y también de él se burlaban, tal vez porque vestía Tintín con botas, guantes, rodilleras y un gran casco amarillo; elementos cuyo fin era proteger su cuerpo de los riesgos y misterios del bosque. Sin importar las burlas, Tintín sabía que su vestimenta era segura para más misterios poder cazar; además, le había prometido a mamá Renata, que su cuerpo iba a cuidar.

Más tarde, en el intercambio de clases, se acerca un compañero y le dice a Tintín:

—¡Hola! Soy Bernardo, ¿Cómo estás Tintín?



Ilustración: Daniel Andrés Castro Vides

Tintín, feliz, responde:

—¡Muy bien Bernardo, con algo de calor, pero tranquilo porque mi piel y cuerpo cuidando estoy!

Bernardo, quien era un pequeño murciélago, respondió:

—¡Ah! Yo no sabía que esa ropa te protege y te cuida del mal que mucho daño puede causar.

Tintín respondió:

—¡Claro que sí! Estas son algunas revelaciones que en el bosque mágico pude hallar.

Entonces, comenzó Tintín a contarle a Bernardo sobre su gran aventura como cazador de misterios. Él, muy concentrado, escuchó con atención, pues le sorprendió que de una manera tan sencilla los animalitos se puedan cuidar de tantos riesgos que existen en el bosque del más allá.

En el descanso, Tintín con sus compañeros, sus “armaduras” comparte, que no son más que aquellos objetos (como bloqueador, botas, guantes, rodilleras y un casco) con los que su cuerpo protege como estandarte. Todo lo hace, porque él quiere, que sus nuevos amiguitos cuidar su cuerpo también intenten. Uno a uno, los elementos de protección se prueban; menos Ezequiel, quien es también un sapito, pero un año mayor que él, porque decía que eso para nada servía y que, además, muy feos se veían. El pequeño sapito, muy amigable, a Ezequiel le explica lo importante: “ropa o elementos que protejan el cuerpo debes usar”, pero Ezequiel muy grosero y molesto sin mirarlo se va.

Horas más tarde, Ezequiel regresando a casa va, pero el señor Sol muy brillante y acalorando está. Al pobre Ezequiel, quien fue el único que no escuchó consejos, el sol su piel sonrojó, causando mucho dolor. Muy asustado, al pequeño sapito le pide ayuda llorando. Tintín siempre

preparado, de su mochila saca protector solar para a su amigo ayudar y, además, un poco de agua para él fue a buscar, pues Ezequiel no para de llorar y de casa aún lejos están.

Cuando Ezequiel mejor se siente, le dice:

–¡Amigo, mil gracias! Mi piel está mucho mejor y más protegida. Disculpame, Tintín, por no quererte escuchar y tus objetos especiales despreciar.

Esta aventura fue una enseñanza para todos los compañeros de Tintín, pues entendieron que siempre su cuerpo debe cuidar, para que los misterios del más allá no los puedan alcanzar.

Finalmente, todos en la escuela, sus manos, piel y patas aprendieron a proteger. Además, como si fuera poco, los niños a sus padres les llegaron a contar, sobre los misterios y enseñanzas que Tintín les pudo mostrar. Así, todos, sin importar, grandes o pequeños serán, expuestos a peligros en algún momento estarán. Pero, de ahora en adelante, de manera segura, así como Tintín de su hogar podrán salir y saltar; también, lograrán el bosque enfrentar.



Ilustración: Daniel Andrés Castro Vides



C·VI





Capítulo VI

La fábrica de masmelos mágicos⁶

Riesgo químico - Líquidos

En un lugar muy lejano, existía una fábrica de masmelos mágicos. Esta-
ba rodeada de árboles y plantas con muchas flores. Cerca de allí, había
un hermoso pueblo con casas muy coloridas donde vivían familias de
conejos, ardillas y aves.

Estos animales trabajaban en la fábrica haciendo las deliciosas golosi-
nas. Arturo, un conejo de pelo brillante; hermoso y alegre, junto con sus
grandiosos amigos, trabajaban todos los días con mucho amor y dedica-
ción, elaborando masmelos mágicos de colores rojos, morados, violetas,
azules, verdes y amarillos como el arcoíris; con sabores a chicle, fram-
buesa, mandarina y mora, que se derretían en la boca.

Las ardillas trabajaban con mucho esfuerzo en la receta, mientras las
aves eran las encargadas de llevar los masmelos mágicos a cada una de
las casas de los habitantes del pueblo, ya que hacían muy felices a los
animales, se hacían muchos durante todo el día. Como costumbre, cada
vez que las comían, saltaban de la felicidad porque su corazón se llenaba
de alegría y sentían muchas cosquillas en su estómago. Todos compar-
tían la hora de los masmelos mágicos, jugaban, cantaban, charlaban y
disfrutaban de esos momentos.

6. Cuento resultado del trabajo del grupo de investigación Calidad de Vida, Salud y Seguridad Laboral del Politécnico Grancolombiano con sus proyectos: Innovación en la gestión empresarial, el trabajo digno y decente en el marco de la Seguridad y Salud Laboral; consultoría GSSL 2022-2023; código IACI2022-FSCC-CVSSL-87389; y Prevención de riesgos laborales en ambientes de trabajo y sus complejidades en las ciencias del trabajo para trabajadores y futuros trabajadores; código IA2024_CVSSL_PEC_06-87418.

Un día, Deasy, una de las ardillas más jóvenes que trabajaba en la fábrica, se sentó a llorar en el parque. Clarita, su hermana menor, se acercó y le preguntó:

—¿Qué te pasa hermanita? ¿por qué estás llorando?

Deasy, muy triste, le contó:

—Hay un ratón muy malo, se llama Richi, quiere destruir la fábrica y todos sus alrededores para construir edificios y un centro comercial. Si lo hace, nos tocará huir de aquí, en donde somos tan felices.

Clarita abrazó fuertemente a su hermana y le dijo:

—Voy a pensar en una idea para que no destruyan nuestro hogar, este lugar lleno de recuerdos.

Clarita corrió de inmediato donde sus amiguitos y les dijo que tenían que reunirse de manera urgente en el centro del parque. Cuando se agruparon, ella les contó lo que estaba pasando y les pidió ayuda para crear un plan y así, evitar la destrucción. Pablo, el hijo mayor del conejo Arturo, dijo:

—Lo mejor es hablar con nuestros padres. Ellos son adultos y sabrán qué hacer.

Pero los demás no estuvieron de acuerdo, así que siguieron pensando en qué hacer.

De repente, llegó Helena, mamá de Pablo. Una conejita muy elegante, con orejas largas y sedosas. Se acercó y les preguntó extrañada:

—¿Qué hacen todos aquí?

Ellos, muy nerviosos, dijeron:

—Estamos inventando un juego nuevo.

Helena, muy amorosa se despidió deseándoles buena suerte con su divertido propósito. Por supuesto, eso era una mentira y Pablo no estaba de acuerdo. Por lo que se fue a su casa junto con su Mamá, para no seguir escuchando lo que los demás planeaban.

Después de estar reunidos un par de horas más, el grupo ya tenía un plan: entrar esa noche a la fábrica y preparar una trampa para el malvado Richi. La idea era llenarlo de pies a cabeza con la mezcla de los masmelos hasta lograr que no se moviera, para así poder amarrar sus patas y que no pudiera hacer nada en contra de ellos y de la fábrica. Para dicho plan, era necesaria la ayuda de Pablo. Clarita fue corriendo a buscarlo a casa, le contó lo planeado y le dijo:

—Todo lo vamos a hacer para ayudar a nuestros padres.

Ella le insistió tanto, que, al cabo de un rato, logró convencerlo de prestar su apoyo.

Lo primero que hicieron Clarita y sus amigos fue enviarle una carta a Richi, citándolo en la fábrica. Regresaron con sus padres y después de la cena, fingieron ir a dormir y esperaron a que todos estuvieran distraídos para salir de inmediato; sin que nadie los viera, escaparon de sus casas. Ya como un equipo, entraron sin ningún problema a la fábrica porque, aunque Pablo seguía sin estar de acuerdo, accedió a tomar las llaves de la fábrica que estaban en la chaqueta de su papá.

Al interior estaba oscuro, por lo que, iluminando su camino con lámparas, pisaron cautelosos. Abrieron muchas puertas hasta llegar al centro de la fábrica, donde estaban todas las máquinas.

No conocían la receta secreta ni dónde estaban ubicados los ingredientes, así que empezaron a explorar por todos lados, haciendo desorden con todo lo que se encontraban a su paso. Había muchos frascos de

diferentes colores, pero ninguno tenía nombre. Aun así, los tomaron y llevaron a cabo su “grandiosa idea”.

Los pequeños estaban muy emocionados; al parecer, todo estaba saliendo bien. En ese momento, Matías, uno de los amigos de Clarita, quien era el encargado de revolver la mezcla, empezó a gritar y a llorar:

—¡Mis manos me duelen y me arden! ¡Mis ojos también!

Todos se asustaron. Pablo pensó con rapidez y llamó a su papá, quien de inmediato atendió la llamada. Al escuchar lo que le contaba su hijo, salió apresurado hacia la fábrica junto con su esposa, Helena. Al llegar y ver al pequeño niño ardilla llorando, intentaron calmarlo:

—Tranquilo, Matías, estarás bien —le dijeron.

Luego le lavaron las manos y le pusieron abundante agua en los ojos. En ese momento, Arturo observó en el piso unas manchas y descubrió cuál era el líquido que derramó Matías. Con mucha prisa, lo llevaron al hospital junto con el frasco que contenía el líquido que le salpicó.

Al llegar, Arturo relató al doctor Palomo lo sucedido:

—Doctor, mi hijo y sus amigos estaban en la fábrica y uno de ellos se derramó este líquido en las manos y en los ojos.

El doctor Palomo examinó a la pequeña ardilla y les preguntó a los papás conejos:

—¿Qué hicieron cuando llegaron al sitio del accidente?

A lo que Arturo respondió:

—De inmediato, junto con mi esposa, le lavamos las manos y dejamos que en sus ojos cayera mucha agua.



Ilustración: Lucía González Lizarazo

—Hicieron lo correcto —dijo el doctor Palomo—. Gracias a esa excelente reacción, Matías no sufrirá ningún daño grave, pero deben tener más cuidado con el manejo de todos los líquidos que haya en la fábrica.

El doctor Palomo dio cinco días de descanso a Matías. Sus padres lo regañaron por todo lo que pasó y sobre todo por haber cogido sin permiso esos frascos sin supervisión de un adulto, aunque también lo consintieron mucho con chocolates, juegos y, por supuesto, con los deliciosos masmelos mágicos, para que se aliviara pronto.

Obviamente, Arturo quedó bastante preocupado por todo lo sucedido dentro de la fábrica. Reunió a todas las ardillas pequeñas para que le explicaran por qué habían entrado sin autorización. Las ardillas le contaron sobre el plan malvado de Richi. Arturo comprendió sus motivos, pero les manifestó:

—Ese plan era demasiado peligroso. No deben jugar con cosas que no conocen.

Al día siguiente, el conejo Arturo estaba sentado en la sala de su casa, pensando. Decidió invitar a Richi a su hogar para contarle la historia de la fábrica y por qué los masmelos mágicos hacían felices a todos. Cuando Richi llegó a la casa de Arturo, este le ofreció un masmelo. En ese momento, el corazón frío y amargado de Richi se llenó de felicidad y amor. Sintió que debía dejar de molestar a los habitantes del pueblo, y apoyar a Arturo en la elaboración de esas mágicas golosinas.

Días después, Richi y Arturo se encontraron en la fábrica de golosinas, rodeados de frascos desordenados y etiquetas caídas. Con una mirada de determinación, Richi dijo:

—Arturo, creo que es hora de reorganizar todo esto. Necesitamos marcar cada frasco según su uso y con colores para diferenciarlos. Sobre todo, poner el nombre correspondiente.

Arturo le habló con entusiasmo.

—¡Sí, es una gran idea, Richi! Si logramos poner todo en orden, también podremos preparar un nuevo y divertido producto para las familias de conejos, ardillas y aves.

Durante varios días, Richi y Arturo trabajaron sin descanso. Mientras etiquetaban los frascos y los organizaban, también pensaban en cómo enseñarles a los trabajadores sobre la seguridad en fábrica. Arturo sugirió:

—Podríamos organizar juegos y charlas para explicarles que algunos frascos contienen componentes que pueden causar malestares si no se manejan correctamente.

Richi estuvo de acuerdo.

—Me parece perfecto. De esa manera, podrán aprender de forma divertida y práctica qué hacer en caso de que se encuentren con algo desconocido.

Finalmente, con la fábrica organizada, Richi y Arturo convocaron a los trabajadores. A un gran espacio al aire libre, llegaron conejos, ardillas y aves junto con sus familias, para quienes prepararon una serie de espacios educativos y entretenidos. Mientras todos se reunían, Arturo les explicó:

—Queridos amigos, hoy vamos a aprender cómo manejar los frascos con componentes desconocidos de manera segura. Para ello, hemos preparado actividades didácticas, y así, entenderlo mejor.

Richi agregó con una sonrisa:

—Además, tendremos un montón de comida deliciosa y relatos interesantes para que aprendamos mientras nos divertimos.

Los niños y sus familias participaron en diferentes juegos, como una búsqueda del tesoro en la que tenían que identificar frascos con etiquetas correctas y colocar stickers de seguridad en ellos. También hubo charlas interactivas sobre los efectos de los líquidos desconocidos y cómo buscar ayuda en caso de accidente.

Arturo, con una voz amable, les explicó, sobre todo a los más pequeños:

—Si alguna vez tocan algo que les cause ardor en la piel o los ojos, deben enjuagarse con agua y pedir ayuda de inmediato. Si llegan a consumir algo por error, es importante decírselo a un adulto para que puedan recibir el cuidado adecuado.

Las pequeñas ardillas, que anteriormente habían causado el desorden en la fábrica al entrar sin permiso, se acercaron a sus padres y les pidieron perdón. Al final del día, todos estaban muy felices y agradecidos por la lección aprendida.

La vida en la fábrica de golosinas volvió a su ritmo alegre y vibrante. Richi y Arturo, agradecidos por el apoyo de la comunidad y el éxito de sus esfuerzos educativos, continuaron trabajando juntos con renovado entusiasmo. La fábrica, ahora organizada y segura, se convirtió en un lugar no solo de dulces deliciosos, sino también de aprendizaje y amistad.

Un día, mientras Richi y Arturo estaban en medio de una nueva tanda de producción, llegó una carta especial. Arturo la abrió con curiosidad y comenzó a leer en voz alta:

—Queridos, Richi y Arturo: nos complace invitarlos al Festival de la Dulzura, que se celebrará en la Plaza Central de Villa Alegría. Será una oportunidad para que muestren sus increíbles golosinas y para agradecerles por su dedicación a la seguridad y el bienestar de nuestra comunidad. Esperamos verlos allí.

Richi, orgulloso por el reconocimiento, comentó:

—¡El Festival de la Dulzura! Es una oportunidad perfecta para mostrar nuestras golosinas y compartir lo que hemos aprendido con más personas.

Arturo, exclamó con ilusión:

—Sí, y también podremos conocer a otros fabricantes de golosinas y aprender nuevas ideas para seguir mejorando.

Prepararon con esmero su *stand* para el festival. Decoraron el espacio con colores brillantes y llevaron una gran variedad de golosinas, incluyendo los populares masmelos mágicos. También prepararon folletos educativos y organizaron una pequeña demostración sobre cómo manejar sustancias y líquidos desconocidos de manera segura.



Ilustración: Lucía González Lizarazo

El día del festival, la Plaza Central estaba llena de actividades, música y risas. Los asistentes disfrutaron de una amplia gama de golosinas y participaron en juegos y concursos. Cuando Richi y Arturo llegaron a su stand, fueron recibidos con admiración.

—¡Bienvenidos, Richi y Arturo! —exclamó la directora del festival—. Estamos encantados de tenerlos aquí. Su puesto luce fantástico.

Richi y Arturo agradecieron la bienvenida y comenzaron a compartir sus golosinas con los visitantes. Mientras los niños y los adultos disfrutaban de las delicias, Arturo les hablaba sobre la seguridad en el manejo de frascos, sustancias y líquidos en las fábricas.

—Es importante recordar —decía Arturo— que siempre debemos leer las etiquetas y pedir ayuda si encontramos algo desconocido. Así, nos aseguramos de que todos estén seguros mientras disfrutan de nuestras golosinas.

Los visitantes, interesados en la información, hacían preguntas y participaban en juegos educativos organizados por los dos empresarios. Fue una oportunidad para que todos aprendieran de manera divertida y práctica.

Durante la tarde, el alcalde de Villa Alegría se acercó al stand de Richi y Arturo.

—Quiero felicitarlos por el excelente trabajo que han hecho —dijo el alcalde—. Su dedicación a la seguridad y al bienestar de nuestra comunidad es admirable. Como reconocimiento, me complace entregarles este premio especial.

El alcalde entregó un trofeo decorado con dulces y un certificado que decía: “Premio a la Innovación y la Seguridad en la Producción de Golosinas”.

Richi y Arturo recibieron el premio con humildad y gratitud.

—Gracias, alcalde —dijo Richi—. Este premio no solo es para nosotros, sino para aquellos que nos han apoyado y aprendido junto a nosotros.

Arturo añadió:

—Estamos agradecidos por esta oportunidad de contribuir a nuestra comunidad y de compartir lo que sabemos con otros.

Todos se reunieron para seguir celebrando. La música, los juegos y las golosinas continuaron. Richi y Arturo se sintieron felices al ver cómo sus esfuerzos impactaron positivamente a la comunidad.

Con el festival terminado y el premio en sus manos, Richi y Arturo regresaron a la fábrica, emocionados por las nuevas ideas y la inspiración que habían adquirido. Sabían que, con la ayuda de sus amigos y los miembros de la comunidad, podrían seguir mejorando y aprendiendo, haciendo de la fábrica un lugar aún mejor para todos.

Esa experiencia fortaleció aún más su compromiso con la seguridad y la educación. La fábrica de golosinas continuó siendo un lugar de alegría y aprendizaje, donde todos, grandes y pequeños, podían disfrutar de dulces deliciosos mientras recibían valiosas lecciones.

Y así, Richi y Arturo continuaron trabajando con pasión y empeño, sabiendo que su labor no solo ofrecía golosinas, sino también oportunidades para crecer juntos. La fábrica, llena de colores y sonrisas, siguió siendo un símbolo de amistad y bienestar en Villa Alegría.

Lo más importante de todo fue que aprendieron la lección de no hacer cosas sin autorización, ni conocimiento, y de ser cuidadosos con sustancias desconocidas. Así, todos los animalitos pudieron seguir disfrutando de sus amadas golosinas y ser muy felices por siempre.

C·VII





Capítulo VII

Un gato extraordinario⁷

Bienestar laboral

En un mundo de gatos llamado Gatolandia vivía don Gatunense, un gato joven de color negro, ojos verdes y una mirada que te sorprende. Su porte era de un caballero; tenía muy buenos gustos y siempre andaba sonriente.

Un día, Gatunense fue contratado para trabajar en el Acueducto Gatuno. Esta empresa se encargaba de distribuir el agua para todos los gatos, sin faltar ninguno, ya que, a diferencia del mundo humano, en Gatolandia los gatos se bañan y disfrutan cada segundo.

¡Por fin llegó el día! Él estaba preparado para su primer día de trabajo. Se puso su mejor corbatín, se peinó, limó sus uñas y listo para salir, alistó su lonchera de onces y de almuerzo. Por supuesto, no le faltaba una botella de agua.

Después de un buen tiempo conduciendo, don Gatunense por fin había llegado. Entró a la empresa con estilo, casi bailando, sonriente y animado. Saludó a sus compañeros, pero entonces, llegó el jefe gato y todos se asustaron. De un momento a otro el ambiente se puso muy denso.

Abelardo, era su nombre. A diferencia de Gatunense, tenía pelo blanco, pero se mostraba igualmente elegante. Sin embargo, siempre parecía estar enojado; su rostro reflejaba mal humor, y los rumores decían que

7. Cuento resultado del trabajo del grupo de investigación Calidad de Vida, Salud y Seguridad Laboral del Politécnico Grancolombiano con su proyecto: *Laboratorio de medición biomecánica*; código CVSSL-CDT -2022 -02.

era malo. Nadie se atrevía a saludarlo o empezar una conversación.

Pero don Gatunense era un gato seguro de sí mismo; la presencia de Abelardo no le intimidaba. Al contrario, quería conocerlo, así que estiró su pata para saludarlo, pero el jefe gato no le puso cuidado, y, como quien no quiere la cosa, se fue alejando.

Don Gatunense se sorprendió y pensó:

—De pronto no me vio.

Sin darle mayor importancia, se dirigió a su puesto de trabajo, dónde encontró a una compañera dormida.

Confuso, se sentó en su silla sin hacer mayor ruido, cuando de pronto, ¡bum! Vio cómo su compañera brincaba, quedando despierta en un segundo. Muy asustada le explicó con vergüenza:

—¡Qué pena, compañero! ¡Estoy muy cansada y no pude mantenerme despierta para darte la bienvenida por tu llegada!

Gatunense le preguntó:

—¿Mala noche?

Kitty, la gata, respondió:

—Don Gatunense, he tenido tanto por hacer que ni dormir ni descansar puedo. Estoy tan cansada que ya siento que no puedo mantenerme de pie.

Él se sorprendió por todas las tareas que Kitty debía hacer. Viendo la situación de su compañera, decidió ir a las demás áreas para ver si todos sus compañeros estaban en la misma condición. Aprovechó también para observar el funcionamiento del acueducto.

Don Gatunense se encontraba encantado, ya que nunca había trabajado en una empresa tan grande e importante para la comunidad. Sin embargo, ¡gran sorpresa que se llevó! Él era el único gato feliz en aquella empresa, ya que el resto de sus compañeros lucían cansados, a varios les faltaba pelo en partecitas del cuerpo y muchos parecían estar enfermos.

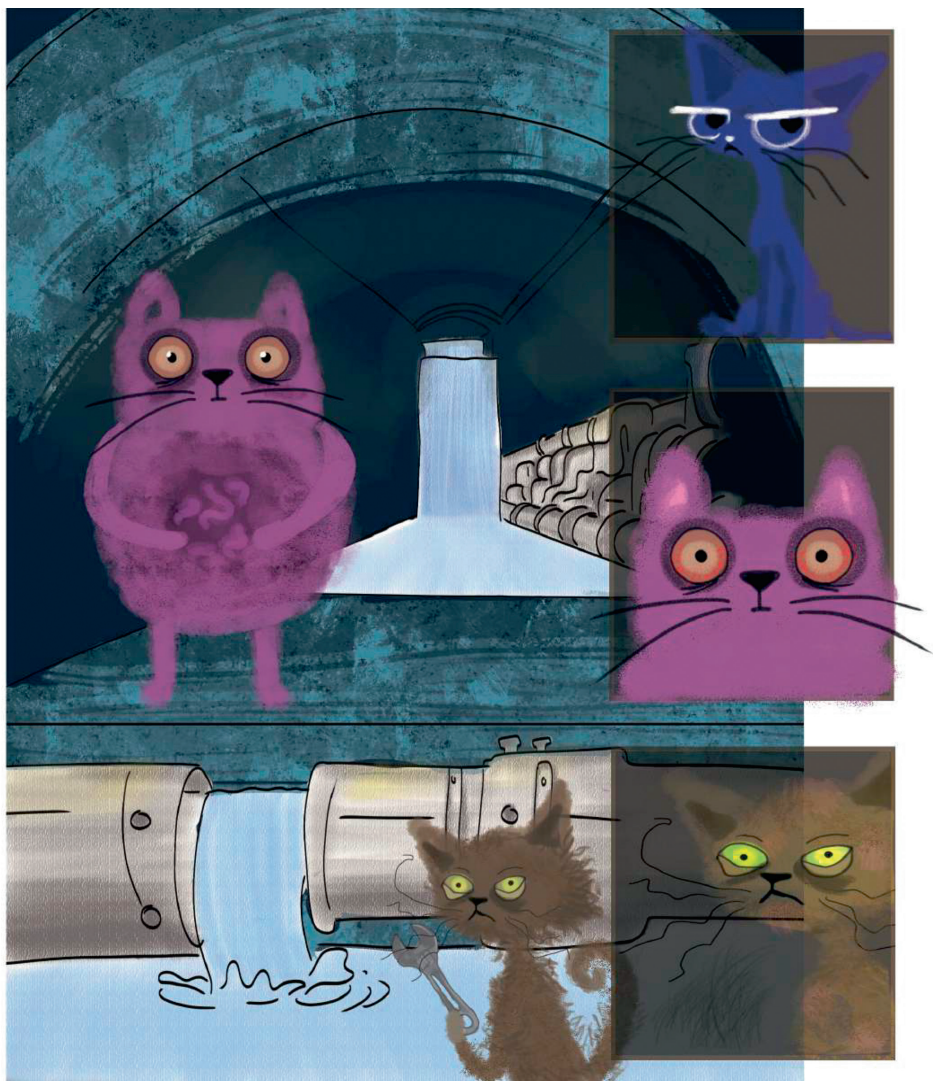


Ilustración: Juan Fernando Caballero

No contaban ya con los reflejos propios de un gato, y mucho menos con la energía para trabajar de forma segura.

Gatunense, siempre observador, dispuso de papel y lápiz, y empezó hacer un listado sobre lo que analizó sobre los gatos:

- No tienen guantes para manipular el cloro, ni protección respiratoria; en pocas palabras, no cuentan con elementos que los protejan.
- Muchos están cansados porque han trabajado sin pausa.
- Muestran un carácter irritable.
- Se ven enfermos y al parecer la empresa no los ha enviado a realizarse los exámenes médicos periódicos para ver sus condiciones de salud.
- Hay mucho pelo en el suelo, lo que significa que están muy estresados.
- Las condiciones de los pisos, ventanas, escaleras y techos no son seguras.
- No hay extintores ni maletín de primeros auxilios, tampoco camilla.

Una vez observó las condiciones poco favorables de los trabajadores gatos y de la empresa, se dirigió inmediatamente a la oficina del jefe gato.

Como ya sabemos, Gatunense no se intimidaba fácilmente. No le tenía miedo a nadie y pensó:

—¿Por qué tendría que sentirme asustado?

Después de todo, la palabra “miedo” no existía en su mente. Una vez llegó, golpeó la puerta, pero nadie salió. Sin embargo, golpeó cinco veces más. Pensó que no había nadie en la oficina. Justo cuando se disponía a marcharse, salió el jefe gato Abelardo:

—¿Qué hace acá? —Le dijo Abelardo

Gatunense respondió:

—Señor, jefe Abelardo ¿sería tan amable de regalarme cinco minutos de su tiempo? Debo comentarle una situación poco favorable para la empresa.

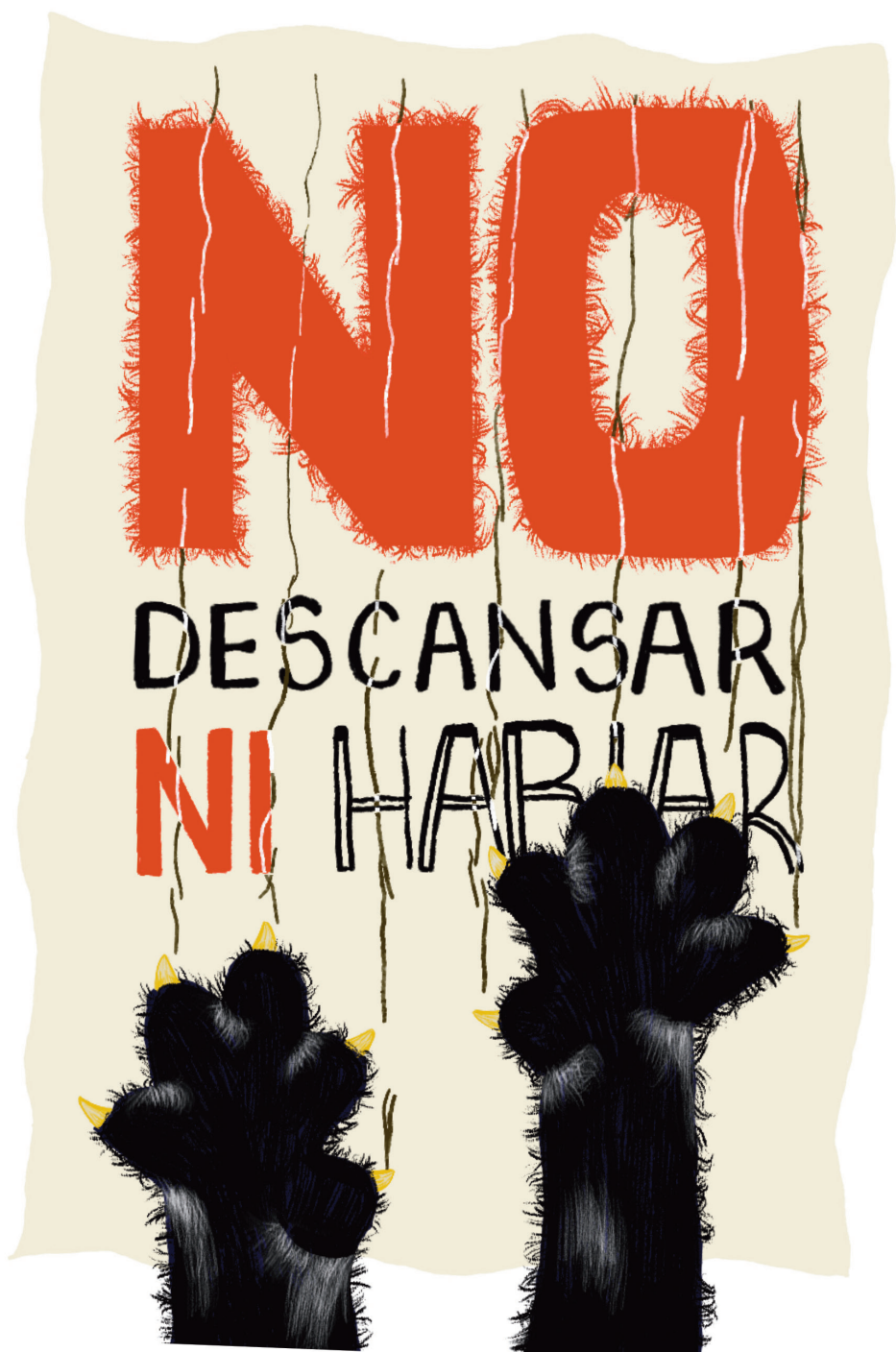


Ilustración: Juan Fernando Caballero

Sin embargo, Abelardo, de forma muy grosera y amenazante, le respondió:

—Recuerde que yo soy el jefe, por lo tanto, nadie me debe molestar... excepto si trae algo de comer, por ejemplo, galletitas de leche y pescado.

Don Gatunense no pronunció palabra. ¿Qué podía decirle a un gato tan molesto y agresivo como Abelardo? Pensativo, se fue hacia su puesto de trabajo, planeando cómo hacer para poder hablar con él.

De un momento a otro, se escucharon gritos. Muy asustado, fue a ver qué era lo que sucedía, cuando de repente vio a Abelardo, desde el segundo nivel de la planta, regañando a todos los trabajadores.

—Ustedes, gatos perezosos, ¿qué se creen? ¿Más importantes que yo? ¿Por qué no trabajan? ¿Están descansando? ¡Yo no les pago para eso! — gritaba.

Luego, se dispuso a bajar al primer piso y por estar furioso, ¡Poom! ¡El jefe gato cayó uno a uno por los peldaños de las escaleras! Las que, al no contar con antideslizantes ni barandas, de ninguna manera pudieron evitar su caída. Y es que, cayó al suelo como cae una manzana de un árbol; tan fuerte que, además, todos pensaron lo peor. Muchos murmuraban que el jefe gato había muerto, y de estar vivo, ninguno era capaz de ir a revisarlo por temor de su reacción.

Solo Gatunense bajó inmediatamente para brindarle primeros auxilios. Quince minutos después, Abelardo retomó la consciencia. Se encontraba desorientado, adolorido, y no recordaba lo que había ocurrido.

Gracias a la ayuda de varios trabajadores, lo llevaron a su oficina, donde don Gatunense le explicó lo que había sucedido. Abelardo, ya más consciente, preguntó por qué había sucedido tal accidente.

—Bueno, el accidente ocurrió porque las condiciones de las escaleras no son las mejores, no tienen las barandas ni los antideslizantes, eso y entre



Ilustración: Juan Fernando Caballero

tantas otras cosas que hay por hacer en esta empresa —respondió Gatunense. Después del accidente, el jefe gato analizó la situación. Realmente se asustó y casi no podía caminar. Como ya se encontraba más calmado, don Gatunense aprovechó el momento y le comentó todas las observaciones que había hecho sobre la empresa.

Abelardo, como por arte de magia, cambió de opinión y dejó que también le explicara los cambios que se requerían para mejorar la empresa. Gatunense expuso su listado al jefe gato y este se sorprendió porque pensó que con sólo pagarles era suficiente. Sin embargo, don Gatunense le explicó los conceptos de seguridad y salud en el trabajo, incluso le enseñó sobre normatividad, y Abelardo escuchó atento, sin poner problema alguno. Además, estaba agradecido porque evidenció que los trabajadores estaban preocupados por él, tanto así que lo cargaron hasta su oficina.

A la semana siguiente, hubo un cambio total en la empresa. El techo, las ventanas y las escaleras fueron acondicionados correctamente y cumplían las normas de seguridad. Los trabajadores tenían bebederos de agua y ¡hasta comida gratis! Vinieron varios gatos doctores para evaluar sus condiciones de salud: les revisaron los ojos, las orejas, las patas e incluso los vacunaron. Para motivarlos aún más, se implementaron actividades de relajación como meditación y juegos didácticos, también de pausas activas y ejercicios.

Incluso se empezaron a contratar compañeros nuevos, ya que la labor requería personal tanto para el turno de la mañana como para el de la noche. De esta forma, ya no tendrían que hacer horas extras, y disminuiría la carga laboral.

Kitty estaba muy agradecida, pues ahora contaba con un asistente. Podía realizar las entrevistas sin prisa alguna, y así mismo implementó un sistema de pruebas para elegir a los gatos más inteligentes y activos para que trabajaran en la empresa. Con esta estrategia, el mejor personal pasó a formar parte de la organización.

Todos los compañeros de don Gatunense estaban muy agradecidos. Para demostrar su sentimiento, muchos le llevaban dulces y postres, y no solo a él, sino además al jefe gato, a quién consentían con galletas de leche y pescado, sus favoritas.

Don Gatunense estaba satisfecho con todas las mejoras en la empresa, sobre todo al ver a sus compañeros más saludables, con más energía y más felices. También le alegraba ver a Aberlardo convertido en un mejor gato: amable, comprometido con sus trabajadores, y siendo más sociable y tolerante. Así, el Acueducto Gatuno se transformó en una de las mejores empresas para trabajar, gracias a un gato extraordinario llamado: don Gatunense.



Ilustración: Mariana Valderrama



C.VIII





Capítulo VIII

Una noche en el museo⁸

Historia de la seguridad y salud laboral

¡Hola a todos! Hoy estoy de excursión con mi grupo de amigos: Los Niños Exploradores. Nos encantan las aventuras, la historia y, lo más importante, divertirnos con nuestra imaginación, por eso estamos en el Museo de la Seguridad y Salud en el trabajo, el museo más divertido e importante de la ciudad, donde siempre hay cosas muy interesantes.

Para los recorridos, se cuenta con guías, quienes nos van mostrando y explicando todo lo que vemos dentro de este gran lugar. Nuestra guía de esta tarde es Janeth Cifuentes, una de las mejores historiadoras de la ciudad y nos llevará por los pasillos, mostrándonos las diferentes obras de arte y piezas arqueológicas, contándonos sobre los orígenes de cada una de ellas.

Antes de iniciar, nos pide que utilicemos nuestra gran imaginación.

—Chicos, vamos a imaginar que nos vamos de excursión por la historia de la Seguridad y salud en el trabajo, nos sumergiremos en este fantástico mundo —nos dice Janeth.

Dentro de nuestro grupo está una niña llamada Noye. Ella es muy audaz, y su imaginación no tiene límites. Muy segura y feliz, le dice a nuestra guía Janeth:

8. Cuento resultado del trabajo del grupo de investigación Calidad de Vida, Salud y Seguridad Laboral del Politécnico Grancolombiano con su proyecto: *Prevención de riesgos laborales en ambientes de trabajo y sus complejidades en las ciencias del trabajo para trabajadores y futuros trabajadores*; código IA2024_CVSSL_PEC_06-87418.

—¡Claro que sí! Yo ahora estoy viviendo en la época de la prehistoria, donde los primeros humanos se enfrentan a leones fuertes y salvajes para obtener sus alimentos. Como no tienen herramientas, usan sus propias manos para poder comérselos.

Nuestra guía, sorprendida y siguiendo la imaginación de Noye, nos empieza a contar que ella es de la especie *homo sapiens*. Junto a su padre, crearon una herramienta con huesos, piedras y madera, a la que llamaron “lanza” por su forma alargada y puntiaguda. Noye queda fascinada con esta herramienta, ya que, gracias a ella, su padre podría protegerlos de los animales salvajes y también facilitar la caza. En su imaginación, ambos se dan cuenta de lo útil que es esta herramienta y construyen muchas más para intercambiarlas con otros *homo sapiens*, ayudando así en la cacería de animales y a la protección de sus comunidades.

Noye, sigue encantada con la historia donde su papá y ella eran los protagonistas. Quiriendo darle más contexto a esta, le pregunta a Janeth si, mientras se construían estos aparatos, las personas sufrían algún tipo de daño en su cuerpo, en especial sus manos, debido al uso de otros objetos y del fuego para su elaboración.

—Sí, así era, ellos sufrían muchas lesiones desarrollando esa tarea. Hoy las conocemos como accidentes en el trabajo —la guía Janeth le contestó.

Noye sigue muy interesada en el tema. Le pregunta a Janeth:

—¿Y qué es un accidente?

—Un accidente, es un suceso o evento inesperado y no planeado que puede generar un daño físico o psicológico a una persona —responde Janeth.

Una vez dada la respuesta, Janeth continúa con la historia. Ahora, la pequeña exploradora ayudaba a su mamá triturando plantas para curar



Ilustración: Laura Angélica González Palacios

las heridas de las manos de su padre, quien se había lastimado mientras hacía las lanzas y esto no le permitía ir de caza. La mamá de Noye era una mujer muy inteligente que conocía la naturaleza, y las plantas eran sus aliadas para preparar remedios caseros que, junto con el calor y el frío, aliviaban el dolor de las heridas de su esposo.

A Noye le encantaba salir a pasear con su mamut y enfrentar las fieras salvajes con una lanza para conseguir su carne como alimento, y su piel para fabricar ropa y cubrirse del frío. Así fue como ella descubrió que las plantas podían ser usadas como medicina y las pieles de los animales como protección ante el clima.

Janeth sigue con su narración:

—En esta parte de la historia vamos a conocer a Yeye, una niña guerrera a quien le gustaba mucho viajar. En esta ocasión, fue a la antigua Mesopotamia, en donde se encontró con el Rey Hammurabi, quien mostraba gran preocupación por el bienestar de los trabajadores y sirvientes de su reino. Él deseaba crear leyes para reconocer y proteger su labor. A la niña le pareció un gesto admirable que un rey se preocupara por los trabajadores, y pensó que sería maravilloso si algún día estas leyes se hicieran realidad. Tiempo después, Yeye estaba en su taller y escuchó que el Rey Hammurabi había creado el código de leyes que unificaba las normas de protección a los trabajadores de los pueblos babilonios, plasmándolas en una gran piedra.

Janeth, con voz misteriosa, nos dice:

—Hemos llegado al antiguo Egipto, donde todo puede suceder en este mundo de fantasía.

Yeye trabajaba en un taller donde era la encargada de confeccionar las prendas de los artesanos y algunos trabajadores. Un día se le ocurrió la gran idea de proteger los pies sus pies con unas sandalias hechas de cuero de animales; idea que fue reconocida y aprobada por Imhotep, uno

de los arquitectos de las pirámides (también médico de la época), quien se destacó por tener una gran influencia en la medicina y en la organización de grandes proyectos, además de preocuparse por el bienestar de los trabajadores. Yeye, se sentía feliz porque finalmente alguien estaba defendiéndolos y reconociendo su valor como personas.

Durante uno de sus viajes, visitó a su amigo Hipócrates en Grecia, conocido como el padre de la medicina, quien le contó que estaba realizando un estudio sobre la intoxicación por plomo y mercurio.

Estas sustancias estaban teniendo graves consecuencias para la salud de los esclavos, como dolores en el estómago, pérdida de apetito y palidez debido a la anemia, según explicó Hipócrates. Preocupada por las condiciones en las minas, Yeye conversó con él y le proporcionó información sobre las deficiencias en los cuidados de la salud de los trabajadores.

En ella, cada día su curiosidad crecía y quería estudiar más sobre la salud y la prevención de enfermedades. Así que viajó a Roma para conocer a Plinio el Viejo, un señor muy estudioso, soñador y dedicado a la investigación. Plinio le mostró sus enciclopedias, unos libros muy grandes con información valiosa sobre las enfermedades de los esclavos y obreros



Ilustración: Laura Angélica González Palacios

de la época. Yeye quedó muy asombrada con los descubrimientos relacionados con la medicina, la salud y la anatomía, y su máximo sueño era que esas grandiosas investigaciones pudieran ayudar en un futuro a la prevención y disminución de esas condiciones.

En otro pasillo, Janeth, nuestra guía, nos indicó que habíamos llegado a la Edad Media, un periodo histórico lleno de aventuras, palacios, guerreros y princesas.

—En esta parte de la historia conoceremos a Paye, una princesa guerrera de la época que disfrutaba darle rienda suelta a su imaginación
—Dijo Janeth.

Un día, Paye, imaginaba cómo podía ayudar a evitar tantos accidentes y muertes de los esclavos y obreros en la Edad Media, principalmente a los mineros, quienes morían diariamente a causa de una enfermedad desconocida y peligrosa que atacaba sus pulmones hasta dejarlos sin aliento.

Así que, a la princesa guerrera se le ocurrió una brillante idea: organizó un gran banquete en su castillo e invitó a todos los guerreros dueños de las minas de oro, hierro y carbón. Les propuso utilizar un elemento que cubriera la boca y la nariz de los trabajadores para que así evitaran el paso de polvos contaminantes y sustancias que estaban generando daño al organismo. La mayoría apoyó la idea de la princesa, pues les aseguró que cuidar a los esclavos era garantizar una mayor extracción de oro y carbón. Poco tiempo después, se comenzó la fabricación de tapabocas elaborados con vejigas de los animales, para luego pasar a los creados con sus pieles, y algunas telas.

Fue así como la princesa guerrera de esta historia logró que se hiciera obligatorio cuidar la salud de los trabajadores de las minas en todo su reino y reducir las enfermedades pulmonares.

Seguimos viajando por este gran museo, y nuestra imaginación, junto con Janeth, nuestra guía, nos indica que hemos llegado a la época del

Renacimiento, donde conoceremos a Naye, una niña curiosa y traviesa que nos comparte sus aventuras en Alemania, país donde nació.

Naye era la hija menor de un gran científico de la época, y le encantaba acompañar a su padre en las investigaciones y observaciones de las enfermedades de los mineros. Su padre era muy amigo de Georgius Agricola, un alemán muy apuesto e inteligente, a quien Naye le gustaba escuchar hablar sobre los mineros y las enfermedades que desarrollaban en sus ojos, pulmones y articulaciones, derivadas del trabajo que realizaban.

Ella, muy curiosa por naturaleza, siempre iba con su padre a todos los consejos médicos, ya que su sueño era conocer a Paracelso, un



Ilustración: Laura Angélica González Palacios

gran doctor que estudiaba los efectos de las sustancias químicas en el cuerpo humano. Además, realizó investigaciones sobre los efectos de los metales y minerales en los trabajadores mineros, lo que ayudó a comprender mejor las enfermedades ocupacionales y desarrollar métodos para minimizar los riesgos de exposición. Sin embargo, a pesar de que Naye nunca se perdía ninguna reunión de su padre, nunca logró conocer a Paracelso. Él fue su gran inspiración para que, al igual que su padre, al ser mayor, se convirtiera en una gran doctora del ámbito laboral.

Ahora, Janeth, nos confirma que hemos llegado a 1700, donde vive, desde el siglo anterior, un gran personaje para la historia de la Seguridad y Salud Laboral. Nos muestra una estatua de cera inmensa de un médico cuyo nombre era Bernardino Ramazzini. Él vivió a finales del Renacimiento e inicios de la Ilustración, periodo que se caracterizó por los avances científicos y un creciente interés en el bienestar humano.

Todos asombrados, seguimos atentos, escuchando cómo este gran personaje creó la medicina ocupacional y fue reconocido por su gran obra “De Morbis Artificum Diatriba”. Para nosotros, Los Niños Exploradores, Janeth acababa de recitar un conjuro, y todos empezamos a reír, pero la guía nos explicó que esas palabras extrañas traducían “Enfermedades de los trabajadores”. En este gran libro, se identificaron y describieron muchos padecimientos de orden laboral que afectaban a trabajadores en diversos sectores, entre ellos a los mineros, los fabricantes de metales, los ceramistas, y muchos más.

Pero Bernardino Ramazzini no solo escribió este libro. Según Janeth, él también propuso una serie de mejoras para las condiciones de trabajo, con el fin de prevenir enfermedades ocupacionales.

—Sus recomendaciones, niños —nos dijo nuestra guía— fueron muy valiosas. Entre ellas, la mejora en el diseño de las herramientas y entornos de trabajo, además de prácticas de higiene y seguridad industrial. Y siguió:

—Ahora, nos situaremos en la Edad Contemporánea, más exactamente,

en 1925, una época de grandes cambios para las condiciones laborales de los trabajadores, gracias a la OIT.

—¿La OIT? —Preguntaron los niños—. ¿Qué es eso?

—Un poco de paciencia, ya les contaré —dijo la guía—. Por ahora, les voy a presentar a Juye, un joven muy juicioso, pero despistado que trabajaba en una gran fábrica de automóviles en Suiza, y quien, por un descuido, resultó gravemente herido mientras operaba una de las máquinas.

El susto de Juye fue terrible y, aunque sobrevivió, la experiencia lo dejó marcado para siempre. Juye tuvo que pasar varias semanas en el hospital recuperándose de las lesiones, pero durante su estadía, se dio cuenta de que lo que había sucedido en la fábrica se podía haber evitado.

Decidido a hacer algo respecto, Juye comenzó a investigar y a analizar formas de mejorar las condiciones y evitar futuros accidentes. En su búsqueda, descubrió una entidad llamada OIT (Organización Internacional del Trabajo), fundada en 1919 como parte del Tratado de Versalles, que puso fin a la violenta Primera Guerra Mundial.

—La OIT —dijo Janeth—, jugó un papel crucial en la formulación de normas internacionales del trabajo, que incluyen la Seguridad y la Salud Laboral, la libertad de asociación, la igualdad de oportunidades y trato, y la eliminación del trabajo infantil y forzoso.

A esto, añadió:

—Así que Juye, encontró una información muy valiosa, niños. Por ejemplo, que la OIT se había preocupado por las condiciones de trabajo peligrosas y los accidentes laborales, como el que él había sufrido. Con esta gran información y su experiencia, Juye, se dirigió a la OIT y, muy empoderado, quiso entrar y participar de algunos debates. En ese momento, en las salas de la Organización Internacional del Trabajo, se estaba hablando del C17, un convenio que trata sobre la indemnización por accidentes de

trabajo, es decir, lo que se le debía pagar a un trabajador al que le ocurra un accidente de trabajo.

La guía les cuenta como Juye, con toda esta información y al escuchar las historias de muchas personas que, como él, se habían accidentado por descuidos o por malas condiciones de las empresas, habló con todos sus compañeros de trabajo para generar estrategias de aprendizaje y mejora, de manera que no se repitieran más accidentes. Contactó a organizaciones especializadas en seguridad y salud laboral para obtener más información y reducir estos riesgos. Así, logró poner en marcha un programa de seguridad laboral y fue elegido para liderar el equipo de la seguridad de la empresa.

Bajo su liderazgo, Juye dio charlas a sus compañeros, les enseñó a usar de forma segura toda la maquinaria de la empresa y les mostró como utilizar los elementos de protección personal, como cascos, guantes, gafas y botas.

Gracias al equipo de trabajo que formó, la seguridad laboral no solo mejoró en la fábrica, sino también se empezó a generar conciencia de que los actos inseguros son parte de nuestra vida y que debemos amar y respetar nuestro cuerpo cada día, en todo momento, permitiéndonos realizar labores cotidianas en un ambiente seguro y saludable.

Así, Juye se convirtió en una figura representativa en la empresa y su legado perduró por mucho tiempo.

—Ahora es mi turno, y me gustaría que conocieran un poco de la Seguridad y Salud en el Trabajo en nuestro hermoso país, Colombia —dijo Janeth—. Los invito a que me acompañen a realizar este hermoso recorrido, en el que seré la protagonista de esta parte de la historia.

—Desde muy joven, me han apasionado todos los temas relacionados con la salud laboral, y me siento muy feliz de poder compartir esta historia con ustedes, pero en especial la de mi país, que se remonta a la época

de la colonia, cuando se crearon leyes para proteger a los indígenas del abuso de los españoles. En el periodo de la independencia, nuestro libertador, el señor Simón Bolívar, ayudó a los militares y sus familias en tiempos difíciles de guerras y enfermedades.

Siguiendo con su relato, Janeth contaba que, con el tiempo, Colombia ha ido actualizándose en materia de legislación, aunque ella nos decía que el proceso ha sido lento, pero que se han logrado cambios significativos en la salud de los trabajadores.

—En Colombia, la seguridad y salud laboral ha avanzado de manera muy pausada —dijo Janeth—. Hemos sido como tortugas en comparación con otros países, donde el bienestar humano es una parte importante de una empresa. Pero vamos paso a paso, queriendo mejorar cada día con el fin de implementar medidas que reduzcan los accidentes y mejoren las condiciones de todos los trabajadores, brindándoles todas las herramientas para cuidarlos y permitirles desarrollar sus tareas de forma segura.

—Quiero agradecerles, niños, —se mostró emocionada—. Su maravillosa compañía en este recorrido tan especial ha enriquecido el conocimiento para todos. Espero que les haya gustado muchísimo y que puedan transmitir las enseñanzas que les quedaron, a otras personas. Los espero pronto en otra aventura.

Cuando los niños salieron del museo, compartieron sus experiencias y llegaron a la conclusión de que: la Seguridad y Salud en el Trabajo debe ser importante para todos, todos los días.



C·IX





Capítulo IX

El pequeño viajero⁹

Seguridad industrial

En una remota ciudad de un universo poco conocido, un experimentado científico desarrollaba una máquina del tiempo. El mencionado objeto de forma ovalada con terminación en punta, descansa firme sobre el suelo gracias a sus soportes inferiores. Charlestone era el nombre de nuestro querido amigo; un padre cariñoso, responsable y que amaba jugar con su pequeño hijo Andrés, un niño de diez años, curioso e hiperactivo.

En una mañana soleada de febrero, el pequeño Andrés hablaba con su padre sobre sus inventos. El que más llamaba su atención era ese aparato, parecido a un huevo con zancas de pato, que guardaban en el laboratorio.

—¿Para qué sirve tu invento, papá? —preguntó Andrés, ansioso por saber más.

—Es una máquina que cambiará la historia de nuestro mundo, hijito —respondió Charlestone.

—¿Por qué lo dices? Explícame más —insistió Andrés.

—Con ella pretendo salvar muchas vidas, pequeño —añadió su padre.

9. Cuento resultado del trabajo del grupo de investigación Calidad de Vida, Salud y Seguridad Laboral del Politécnico Grancolombiano con su proyecto: *Prevención de riesgos laborales en ambientes de trabajo y sus complejidades en las ciencias del trabajo para trabajadores y futuros trabajadores*; código IA2024_CVSSL_PEC_06-87418.

El niño sabía que Charlestone siempre había sentido empatía por los trabajadores; muchos de sus inventos se utilizaban para proteger y resguardar la integridad de las personas. Su lema era: "Nunca está de más, cuidar de los demás". Pero, con esta máquina, ¿cómo lograría salvar vidas? Esta pregunta rondaba constantemente la mente de Andrés, quien observaba, día tras día con atención, lo que hacía su padre y sus avances en esta máquina, ansioso por descubrir cómo lograría su objetivo.

Una mañana, cuando Charlestone salió de casa a buscar unos componentes para su proyecto, el pequeño niño aprovechó la ausencia para colarse en el laboratorio y jugar dentro de la máquina del tiempo. Se sentó en ella, cerró la puerta y oprimió los botones. Y, ¡Oh sorpresa! Sin esperarlo, el objeto comenzó a emitir sonidos como los de una turbina de avión. Humo y luces deslumbrantes la rodearon. El tiempo pareció detenerse a su alrededor.

Andrés fue trasladado a la prehistoria. A través del cristal de la máquina, vio personas físicamente muy diferentes a las que él estaba acostumbrado. Los hombres tenían mucho pelo en la cara y los brazos, mientras que las mujeres llevaban el cabello largo. Ambos se vestían con pieles de animales y no utilizaban zapatos. Trabajaban con herramientas rústicas para cazar, partiendo en trozos los animales y quitándoles las pieles para vestirse y protegerse del clima. El objetivo principal de estas herramientas era la supervivencia y la seguridad.

Pero de repente, y con otro gran estruendo, la máquina voló de nuevo, llevando a nuestro viajero a Mesopotamia, al año 9000 a. C. Allí vio cómo se domesticaban ovejas, cabras y vacas, y se cultivaban el trigo y la cebada. A través del cristal, observó mucha vegetación, animales y personas dedicadas a cosechar alimentos, todo para su propio sustento.

Esta vez, la máquina se detuvo, permitiéndole salir y explorar su entorno. Un niño observó a Andrés con curiosidad por su vestimenta, notablemente diferente a la suya, pero no le dio gran importancia. Se presentó enseguida:

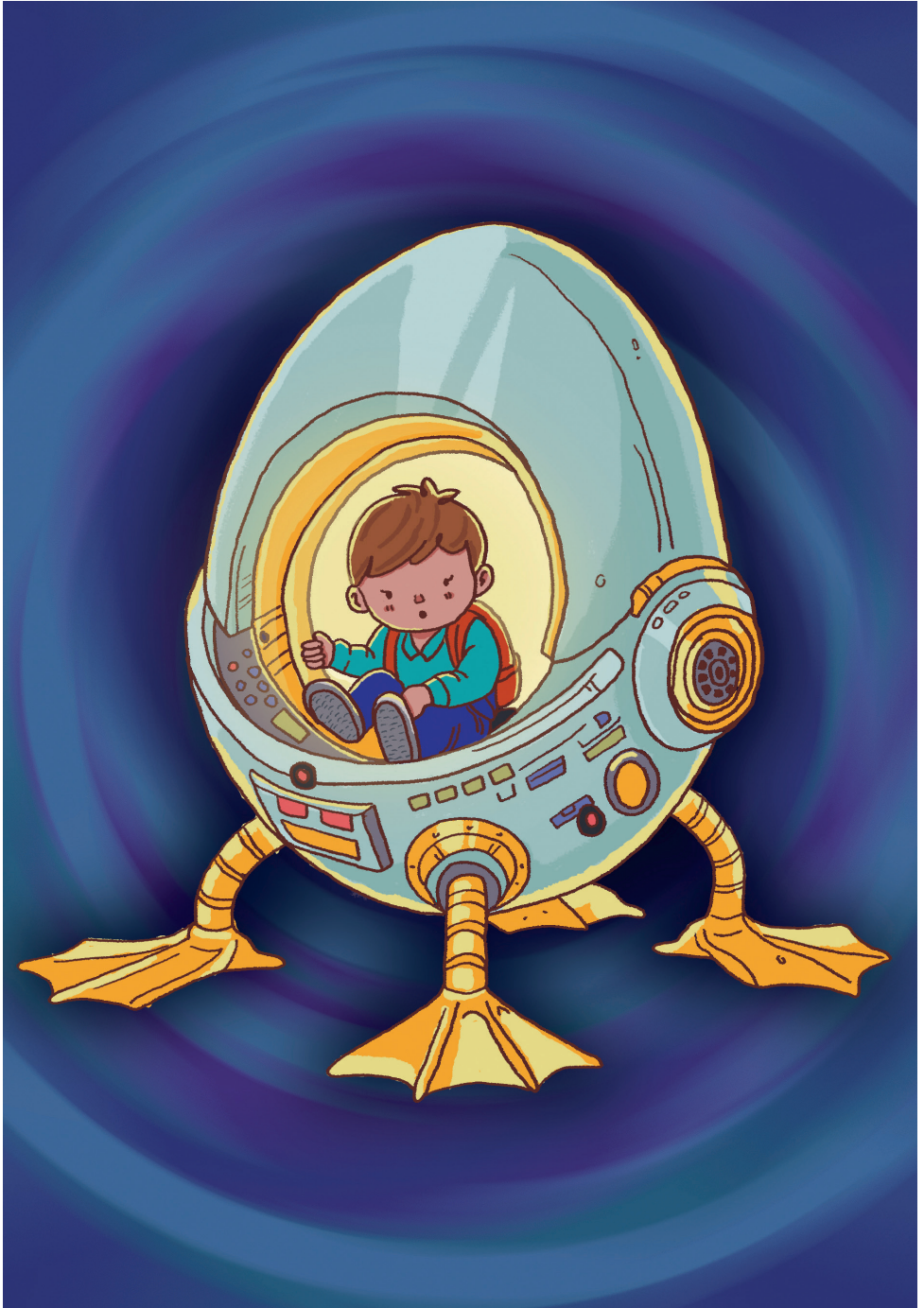


Ilustración: Catalina Aponte Romero

—Hola, me llamo Sam, ¿tú cómo te llamas?

Andrés, asombrado, respondió:

—Hola Sam, mi nombre es Andrés.

Después de un rato conversando, una de las personas que estaban recolectando los alimentos gritó:

—¡Auxilio, auxilio!

Los niños se acercaron rápidamente y vieron una herida en la mano del señor Iker. Ante estos gritos, llegó Elena, quien le dice a su hijo:

—Sam, ve con tu amigo y consigue hojas de cilantro y lavanda para curar al señor Iker.

Andrés y Sam corrieron en busca de las plantas medicinales.

—Los elementos que usamos son un tanto peligrosos, pero facilitan nuestras tareas —comentó Sam.

—Oye, ustedes están muy expuestos a lastimarse, ya que sus herramientas son muy pesadas y afiladas. —dijo Andrés.

En ese momento recordó que su padre, al realizar experimentos, siempre utilizaba guantes, gafas y bata para evitar alguna lesión, elementos a los que llamaba “de protección personal”. Entonces, tuvo una idea y le recomendó al señor Iker hacer unos guantes con pieles de animales que cubrieran sus manos para evitar las heridas. A los pocos días, Andrés, quien había ocultado su máquina en las proximidades de los cultivos, retomó su viaje.

Ahora se acercaba más a su época, pero la incertidumbre de no poder detenerse y seguir viajando en el tiempo lo agobiaba. Sin embargo, estos pen-

samientos que se desvanecieron cuando quedó cautivado por las grandes máquinas que pasaban ante sus ojos: trenes de vapor y carbón, barcos e industrias; los elementos perfectos para una civilización en pleno avance. El destino y su máquina decidieron entonces hacer una nueva parada.

Andrés se encontró en una pequeña ciudad durante la Revolución Industrial, en la que las calles estaban llenas de humo y ruido, y los trabajadores realizaban sus labores en fábricas y talleres. Se acercó a un niño llamado Pedro, quien parecía estar trabajando en una fábrica textil.

El chico hilaba incansablemente en una máquina muy grande, recién llevada a la fábrica. Su mirada triste y su rostro sudoroso conmovieron a Andrés, quien le preguntó:

—¿Por qué trabajas en lugar de jugar con los demás niños?

—Tengo que trabajar para ayudar a mi familia, pero las condiciones de trabajo son peligrosas y poco saludables —le explicó Pedro.

Preocupado por la seguridad del niño, Andrés se interesó en ayudarlo. Utilizando el conocimiento que había adquirido sobre seguridad laboral, le explicó la importancia de protegerse mientras trabajaba, y la necesidad de usar equipo de protección personal, como guantes y gafas, para evitar lesiones o un accidente. También le enseñó sobre la relevancia de tomar descansos y estirar el cuerpo para evitar enfermedades en sus manos, debido a las repetitivas tareas que realizaba. Por último, le habló de la necesidad de revisar cada una de las máquinas de manera preventiva, reducir el ruido, los movimientos de las máquinas, las vibraciones, entre otras cosas.

Sin embargo, Pedro sabía que esto no sería fácil, ya que sus patrones, como debía decirles, no estaban dispuestos a proporcionar protección ni a realizar mantenimientos de ningún tipo. Así que le preguntó a Andrés:

—¿Y qué podemos hacer nosotros como trabajadores? Noto que algunas recomendaciones dependen de mis patrones.

Andrés le respondió:

—Papá me ha dicho que, si nos proporcionan elementos de protección personal, tenemos que usarlos siempre, con responsabilidad. Además, debemos trabajar con precaución y seguir todas las recomendaciones sobre el uso adecuado de herramientas, máquinas y equipos.

Con esta información, Pedro le propuso a Andrés, crear un plan para que sus compañeros de trabajo y él tomaran estas medidas de precaución, y presentaran a sus patrones estas maravillosas ideas, para proteger la salud de todos y se eviten los accidentes en la fábrica.

Con el tiempo, las recomendaciones de Andrés fueron implementadas. Los trabajadores recibieron equipos de protección personal, se instalaron sistemas de ventilación adecuados y se establecieron pausas regulares para descansar y estirar los músculos. Lo más importante fue que, con el tiempo, se promulgó una ley que prohibía el trabajo infantil. Así, la fábrica fue un lugar más seguro y saludable para trabajar.

Nuevamente, Andrés retomó su viaje. Cerró los ojos deseando por fin regresar y, al abrirlos, se dio cuenta de que estaba de nuevo en el laboratorio de su padre. La felicidad lo inundó; salió en busca de Charlestone. Al encontrarlo, lo abrazó con fervor y le prometió que nunca volvería a jugar con sus inventos. Desconcertado por la actitud de su hijo, no entendía qué estaba pasando. Andrés miró un reloj de pared y notó que solo habían pasado 30 minutos desde que inició su viaje por el tiempo. Su asombro es tal, que no puede contarle a su padre la experiencia vivida.

Muy callado, pero recordando todo lo sucedido, Andrés finalmente entendió por qué el invento de su padre podría salvar vidas. Además, quedó convencido de convertirse en defensor de la seguridad laboral, velando por los derechos de adultos y niños, creando entornos laborales más seguros y saludables.

Su grandiosa aventura en la máquina del tiempo le enseñó enseñado que todos tenemos el poder de hacer una diferencia y proteger la salud y el bienestar de los trabajadores.

Tiempo después, terminó el colegio e ingresó a la universidad, donde orientó todos sus esfuerzos a crear leyes que impidieran el trabajo infantil, garantizaran la protección laboral y prohibieran el uso de maquinaria sin tener previo conocimiento.

Andrés se prometió proteger a los seres humanos en el trabajo, no solo físicamente, sino también psicológica y moralmente. Con estudios e investigaciones, logró hacer entender a las personas “que no está de más cuidar de los demás”.



Ilustración: Catalina Aponte Romero



C·X



Scanea del código
y reproduce un audio.



Capítulo X

Cuando la granja tiembla¹⁰

Seguridad industrial - Sismos

Había una vez, en una tranquila granja, un caballo llamado Bruno, un gallo llamado Beto y un perro pastor llamado Rufo. Juntos formaban una amistosa y unida pandilla de compañeros que vivían muchas aventuras en la granja. Además de trabajar y jugar juntos, estos animales formaban parte de un grupo especial que aprendía sobre cómo actuar en situaciones de emergencia para mantener a todos a salvo. Este grupo de animales contaba con capacitaciones periódicas y se identificaba con gorras color naranja, para que el resto de los animales en la granja los reconocieran en caso de una emergencia o si alguien necesitaba atención en salud.

Un día soleado, mientras finalizaban la jornada, se acercaron a beber un poco de agua del arroyo. De repente, sintieron un fuerte temblor de tierra, y las puertas del granero comenzaron a moverse. Los animales se asustaron, pero Bruno, con su astucia y liderazgo, los reunió y les dijo:

—Amigos, ¡es un sismo! No tengan miedo. Solo debemos seguir ciertos pasos para mantenernos a salvo. Es muy importante mantener la calma, escuchen atentos las instrucciones.

Al equipo de animales de la granja, se unieron gatos, conejos y patos de la vereda, mirando con atención mientras Bruno, Beto y Rufo les explicaban qué hacer. Primero comenzó Beto el gallo:

—Debemos buscar un lugar seguro, alejado de árboles, muros, montañas y cables eléctricos. Un espacio abierto, como un campo despejado, es ideal.

10. Cuento resultado del trabajo del grupo de investigación Calidad de Vida, Salud y Seguridad Laboral del Politécnico Granacolombiano con su proyecto: *Prevención de riesgos laborales en ambientes de trabajo y sus complejidades en las ciencias del trabajo para trabajadores y futuros trabajadores*; código IA2024_CVSSL_PEC_06-87418.

Beto vio que un gato se encontraba totalmente paralizado.

—¿Qué te pasa amigo? —le preguntó Beto.

El gato, tembloroso, respondió que tenía mucho miedo y no quería que les sucediera algo malo. Inmediatamente, Rufo intervino y le dijo unas palabras para tranquilizarlo, asegurándole que él, junto con sus compañeros Bruno y Beto, los guiarían para ponerse a salvo.

Rufo, el perro, continuó:

—Si están dentro de una casa o un lugar cerrado, es importante buscar refugio debajo de una mesa resistente. Manténganse alejados de las ventanas y eviten ponerse cerca de objetos que puedan caer. Afortunadamente, no estamos en un lugar cerrado y podemos actuar con más rapidez

Bruno, el sabio caballo, añadió:

—Después del sismo, es posible que los movimientos de tierra se repitan. Así que, mantengámonos juntos hasta que todo esté en calma. Si alguien resulta herido o se siente mal, deben indicarme para poder comunicarlo con nuestro grupo de apoyo, quienes han aprendido de primeros auxilios.

Siguiendo los consejos de Bruno, Beto y Rufo, los animales buscaron un lugar seguro en la vereda, alejados de cualquier estructura y peligro. Formaron un círculo y se protegieron mutuamente, esperando que la tierra dejara de temblar.

Después de que el terremoto cesó, Bruno dijo:

—Vamos a revisar que no haya daños en la granja causados por el temblor, pero antes de entrar, primero vamos a verificar que estemos todos.

Inmediatamente el conejo preguntó:



Ilustración: Mariana Valderrama González y Juliana Valderrama González

—¿Qué daños podemos encontrar en la granja después de un temblor de tierra?

Bruno respondió:

—Amigos, podemos encontrar cables que se hayan caído y roto, quedando expuestos y, si aún conducen energía, el peligro aumenta. También podemos encontrar muros o paredes con riesgo de derrumbe, deslizamientos de tierra en las montañas, techos en mal estados y objetos que puedan caer y hacernos daño.

El grupo de brigadistas ingresó al lugar y encontró que, efectivamente, algunas herramientas se habían caído, pero que toda la estructura estaba en perfectas condiciones. Sus amigos no corrían riesgo y podían ingresar. Sin embargo, les advirtieron que, si se presentaba un nuevo temblor, debían reunirse en el centro de la granja y seguir sus instrucciones.

Después de ese día, la pandilla se reconoció como la protectora de la vereda. Cada semana se reunían bajo “el gran árbol” para aprender más sobre emergencias y cómo mantener a todos a salvo. Juntos, crearon un plan de contingencia y practicaron regularmente para asegurarse de que todos estuvieran preparados.

Desde entonces, la granja se tornó en un lugar más seguro, y todos los animales vivieron en armonía, sabiendo que siempre podían confiar unos en otros. La amistad y la preparación se fueron la clave para enfrentar los desafíos. Bruno, Beto y Rufo se volvieron los héroes de la vereda, enseñando a todos sobre la importancia de estar preparados y saber cómo actuar frente a una emergencia. Y así, ese lugar floreció con la empatía y sabiduría compartidas por estos valientes animales, recordándonos que trabajar juntos y cuidarnos mutuamente es lo que nos mantiene a salvo, incluso en los momentos más difíciles.

Moraleja: Cuando la tierra comience a temblar, de ti y de tus amiguitos debes cuidar.



Ilustración: Mariana Valderrama González y Juliana Valderrama González

De los autores

CAPÍTULO I

La escuela arcoíris

Riesgo psicosocial en la escuela

Diana Carolina Toro Bastidas

Correo electrónico: dctoro@poligran.edu.co

Diana Rocio Cortés Velásquez

Correo electrónico: dicortes16@poligran.edu.co

Mateo Posada Henao

Correo electrónico: mposadah@poligran.edu.co

Estudiantes de la Especialización en Gerencia de la Seguridad y Salud en el Trabajo del Politécnico Grancolombiano.

Julián Andrés Martínez-Rincón

Correo electrónico: jamartinezrin@poligran.edu.co

Ingeniero electrónico; Especialista en Gerencia de Proyectos y Salud Ocupacional; MBA. Dirección y Administración de Empresas; Docente coordinador de la especialización en Gerencia de la Seguridad y Salud en el Trabajo del Politécnico Grancolombiano.

Mónica María Quiroz Rubiano

Correo electrónico: mquirozr@poligran.edu.co

Fisioterapeuta; Especialista en Gestión de la Seguridad y Salud en el Trabajo; Magíster en Prevención de Riesgos Laborales; Magíster en Investigación Integrativa; Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

CAPÍTULO II

Las aventuras en búsqueda del riesgo en casa

Peligros en el hogar

Danis Estefanis Acosta Sotelo

Correo electrónico: daacosta7@poligran.edu.co

Estudiante del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

Derly Zamora Romero

Administradora en Salud Ocupacional; Magíster en Prevención de Riesgos Laborales; Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

Correo electrónico: dzamora@poligran.edu.co

CAPÍTULO III

Libertad

Riesgo biológico – Mordeduras

Adrián Márquez Rozo

Correo Electrónico: amarquezrro@poligran.edu.co

Jennifer Katherine Bernal Monsalve

Correo electrónico: jkbernal@poligran.edu.co

Ingrit Tatiana Hungría Guerrero

Correo electrónico: ihungria@poligran.edu.co

Estudiantes del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

Adrián Acosta Guerrero

Correo electrónico aacostag@poligran.edu.co

Psicólogo; Especialista en Psicología Ocupacional y Organizacional; Magíster en Psicología; Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral; Politécnico Grancolombiano;

Derly Zamora Romero

Correo electrónico: dzamora@poligran.edu.co

Administradora en Salud Ocupacional; Magíster en Prevención de Riesgos Laborales; Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

CAPÍTULO IV

La escuela de leones

Primeros auxilios

Mónica Ávila Palomino

Correo electrónico: moavilap@poligran.edu.co

Nicol Francois Franco Díaz

Correo electrónico: nffranco@poligran.edu.co

Laura Daniela López Parra

Correo electrónico: ldlopezp@poligran.edu.co

Hidalmyn Lizeth Muñoz Henao

Correo electrónico: hlmunoz@poligran.edu.co

Daniel Eduardo Sánchez Polo

Correo electrónico: dasanchez61@poligran.edu.co

Estudiante del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

María Alexandra Malagón Torres

Correo electrónico: mmalagon@poligran.edu.co

Fisioterapeuta; Magíster en Prevención de Riesgos Laborales; Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

CAPÍTULO V

Tintín, el cazador de misterios

Elementos de protección personal

David Alexander Vergaño Serrano

Correo electrónico: dvergano@poligran.edu.co

Vanessa Restrepo Chavarría

Correo electrónico: varestrepo6@poligran.edu.co

José David Serna Benavides

Correo electrónico: jdaserna@poligran.edu.co

Yussef Harkous Naranjo

Correo electrónico: yuharkous@poligran.edu.co

Laidy Viviana Poveda Forero

Correo Electrónico: lepoveda4@poligran.edu.co

María Alexandra Malagón Torres

Correo electrónico: mmalagon@poligran.edu.co

Fisioterapeuta; Magíster en Prevención de Riesgos Laborales; Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

CAPÍTULO VI

La fábrica de masmelos mágicos

Riesgo químico – Líquidos

Diana Carolina Toro Bastidas

Correo electrónico: dctoro@poligran.edu.co

Diana Rocio Cortés Velásquez

Correo electrónico: dicortes16@poligran.edu.co

Mateo Posada Henao

Correo electrónico: mposadah@poligran.edu.co

Estudiantes de la Especialización en Gerencia de la Seguridad y Salud en el Trabajo del Politécnico Grancolombiano.

Julián Andrés Martínez-Rincón

Correo electrónico: jamartinezrin@poligran.edu.co

Ingeniero Electrónico; Especialista en Gerencia de Proyectos y Salud Ocupacional; MBA. Dirección y Administración de Empresas; Docente coordinador de la especialización en Gerencia de la Seguridad y Salud en el Trabajo del Politécnico Grancolombiano;

Mónica María Quiroz Rubiano

Correo electrónico: mquirozr@poligran.edu.co

Fisioterapeuta; Especialista en Gestión de la Seguridad y Salud en el Trabajo; Magíster en Prevención de Riesgos Laborales; Magíster en Investigación Integrativa; Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

CAPÍTULO VII

Un gato extraordinario

Bienestar laboral

Alejandra Úsuga Osorio

Correo electrónico: ausuga@poligran.edu.co

Diana María Candelo

Correo electrónico: dcandelo@poligran.edu.co

Javier Polanco Callejas

Correo electrónico: jpolancoc@poligran.edu.co

Shirley Castro Bastidas

Correo electrónico: scastrobba@poligran.edu.co

Verónica Giraldo Osorio

Correo electrónico: vgiraldo@poligran.edu.co

Estudiantes del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

Claudia Yasmin Pérez Rodríguez

Correo electrónico: cyperez@poligran.edu.co

Fisioterapeuta; Especialista en Gerencia de la Salud Ocupacional; Magíster en Educación; Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

María Alexandra Malagón Torres

Correo electrónico: mmalagon@poligran.edu.co

Fisioterapeuta; Magíster en Prevención de Riesgos Laborales; Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

CAPÍTULO VIII

Una noche en el museo

Historia de la seguridad y salud laboral

Juan Camilo Bustos Gutierrez

Correo electrónico: jcambustos@poligran.edu.co

Nataly de Jesús Roa Banda

Correo electrónico: ndroa@poligran.edu.co

Paola Andrea Cabana Guerra

Correo electrónico: pcabana@poligran.edu.co

Yenny Yoleida Bernal Torres

Correo electrónico: yybernal@poligran.edu.co

Nobelis Romero Rada

Estudiantes de la Especialización en Gerencia de la Seguridad y Salud en el Trabajo del Politécnico Grancolombiano.

Correo electrónico: nromerorra@poligran.edu.co

Martha Janeth Cifuentes Izquierdo

Ingeniera Industrial; Magíster en Prevención de Riesgos Laborales; Docente del Programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

Correo electrónico: mcifuentes@poligran.edu.co

CAPÍTULO IX

El pequeño viajero

Seguridad industrial

Maritza Rivas Vergara

Correo electrónico: mrivas@poligran.edu.co

Sandra Patricia Páez Cruz

Correo electrónico: mrivas@poligran.edu.co

Lizeth Ximena Martínez Múnera

Correo electrónico: lxmartinez@poligran.edu.co

Carlos Antonio López Pinto

Correo electrónico: cantlopez@poligran.edu.co

Rubén Darío Urrego Tuberquia

Correo electrónico: rurrego@poligran.edu.co

Estudiantes del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

Martha Janeth Cifuentes Izquierdo

Correo electrónico: mcifuentes@poligran.edu.co

Ingeniera Industrial; Magíster en Prevención de Riesgos Laborales; Docente del Programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

CAPÍTULO X

Cuando la granja tiembla

Seguridad industrial – Sismos

Tatiana Monsalve García

Correo electrónico: tamonsalve@poligran.edu.co

Lady Katherine Cañón Benavides

Correo electrónico: lacanonb@poligran.edu.co

Estudiantes del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

Mónica María Quiroz Rubiano

Correo electrónico: mquirozr@poligran.edu.co

Fisioterapeuta; Especialista en Gestión de la Seguridad y Salud en el Trabajo; Magíster en Prevención de Riesgos Laborales; Magíster en Investigación Integrativa; Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

Martha Janeth Cifuentes Izquierdo

Correo electrónico: mcifuentes@poligran.edu.co

Ingeniera Industrial; Magíster en Prevención de Riesgos Laborales; Docente del programa Profesional en Gestión de la Seguridad y la Salud Laboral del Politécnico Grancolombiano.

Las ilustraciones incluidas en este libro son resultado de un proceso académico-investigativo del primer semestre de 2024 en las asignaturas de Ilustración I y II, a cargo de los profesores Camilo Sánchez y Victoria Peters de la Escuela de Diseño del Politécnico Grancolombiano.

Este libro se terminó de publicar en enero de 2025.